

Este libro recoge historias que son fruto de la experiencia: un buen puñado de situaciones sorprendentes, divertidas, curiosas o con significado profundo, narradas por los usuarios de la red de Centros de Mayores y Residencias del Servicio Regional de Bienestar Social. Cada una de las anécdotas se ha relacionado, a modo de moraleja o comentario, con un refrán tradicional que complementa el sentido de la historia narrada.

*Jesús Fermosel Díaz
Consejero de Asuntos Sociales
Comunidad de Madrid*

Anécdotas y refranes de nuestros mayores





Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



www.madrid.org/publicamadrid

Anécdotas y refranes de nuestros mayores

© 2014 Comunidad de Madrid Consejería de Asuntos Sociales

Servicio Regional de Bienestar Social

© 2014 BAULAR servicios a mayores S.L. www.baular.com

Diseño, maquetación y edición: BAULAR servicios a mayores S.L.

DEPÓSITO LEGAL: M-333979-2014

Impreso por Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid

1ª Edición: Noviembre de 2014

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin previo consentimiento de los titulares del Copyright.

*Anécdotas y refranes de
nuestros mayores*



Índice

Prólogo	7	
Algo para el billete	8	<i>Guillermo Rojo</i>
El monedero perdido	9	<i>Feliciana de las Heras</i>
Aranjuez, `mon amour´	12	<i>Maruja Acosta</i>
Boda por poderes	14	<i>Lucía Vázquez</i>
Día de pesca	16	<i>Ángela Ramírez</i>
Dos historias sobre la lotería	18	<i>Luisa García y Trinidad Canales</i>
El aprendiz	20	<i>Valentín Gismera</i>
El baúl de la abuela	24	<i>Marina Escudero</i>
El ruso besucón	26	<i>Presentación Brea</i>
El escaparate viviente	28	<i>Mercedes Pajares</i>
El hotel de los líos	30	<i>Eloísa Martín</i>
El kiosko de Valdelaguna	32	<i>Herminia Rubio</i>
El madrugón	34	<i>Pilar Sánchez</i>
El paso a nivel	36	<i>Carmen Vidales</i>
En algún lugar cerca de Jaca	38	<i>José Antonio Sánchez</i>
Fritzi	42	<i>Waltraud Pitzzenbauer</i>
Fuego en el claridge	44	<i>Antonio Mora</i>
Gloria	46	<i>Rosario Rubio</i>
La aventura de nacer	48	<i>Jesús de la Fuente</i>
La cornada	50	<i>Agustina Suárez</i>
Una extraña mentira	51	<i>Magdalena García</i>
La historia de `el curilla´	52	<i>M^a Carmen Peinado</i>
La primera comunión	54	<i>Victoriano Gil</i>
Las enseñanzas de Kamal	56	<i>Kamalakanta Das Das</i>
Las facturas volantes	58	<i>Atanasio Santamaría</i>
Los Gueico	60	<i>Josefina Juana</i>
Pánico en el autobús	62	<i>M^a Isabel de las Matas</i>
Por qué no te levantas	64	<i>Julio Lorente</i>
Primera cita	68	<i>Cecilio Madrid</i>
Sorpresa de cumpleaños	70	<i>Marina Escudero</i>
Talavera la vieja	72	<i>Victoria Carretero</i>
Un poco nerviosísima	74	<i>M^a Carmen Moreno</i>
Un trocito de turrón	76	<i>Julián Sánchez</i>
Unos porros, por favor	78	<i>Daniele Laboudigue</i>
Whiskey con soda	80	<i>Agustín Matías</i>
Una tarta muy grande	84	<i>M^a Teresa Sardina</i>
Agradecimientos	87	

Prólogo

Cuidar de nuestros mayores es uno de los cometidos más queridos de la Consejería de Asuntos Sociales, ellos han aportado su mejor hacer, sin escatimar esfuerzo para legarnos una sociedad mejor a la par que depositarios de la sabiduría popular y colectiva de nuestra cultura. Es nuestro deseo como acto de homenaje, rescatar algunos de sus recuerdos, editarlos y transmitirlos a las generaciones que les sucedan.

Ya lo dice el refrán: “*Más sabe el diablo por viejo que por diablo...*”. La edad es fuente indiscutible de experiencia y sabiduría, y quien ha vivido mucho, suele tener mucho que contar...

Este libro recoge historias: un buen puñado de situaciones sorprendentes, divertidas, curiosas o con significado profundo, de nuestros mayores. Una muestra de todas esas cosas que la casualidad, o el azar, nos trae a través del tiempo, y que en muchos casos tienen una gran trascendencia en nuestras vidas.

Anécdotas que cuentan incidentes interesantes o entretenidos; narraciones breves de esos sucesos singulares que le han pasado a alguien, y que suelen tener un reflejo, a modo de moraleja o comentario, en alguno de los infinitos refranes tradicionales que, como sentencias o consejos útiles, acompañan nuestra vida cotidiana.

La sabiduría popular recoge detrás de la palabra “refrán” todos aquellos proverbios de siempre que expresan verdades básicas de la vida, o algún tipo de concepto práctico sobre el quehacer humano. En la mayoría de los casos, nacen de situaciones como las que exponemos en estas páginas.

Hay multitud de textos que agrupan o explican el significado de los refranes, de los cuales el más antiguo es *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, de Don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana. Pero muy pocos que relacionen aquellas anécdotas que impactaron en nuestras vidas, con el refrán o refranes que en una línea expliquen o complementen el sentido de la historia narrada.

Anécdotas y refranes de nuestros mayores se ha elaborado a partir de una convocatoria abierta en todos los Centros y Residencia de Mayores gestionados por el Servicio Regional de Bienestar Social, en la que se solicitaron las anécdotas personales más curiosas, divertidas o trascendentales para la vida de los mayores, todos ellos con más de 60 años. Tras una selección, se realizó una rueda de entrevistas con los protagonistas para completar y desarrollar las anécdotas propuestas y relacionarlas con un refrán tradicional.

Estamos seguros que la generosa aportación de los participantes en esta obra convertirá su lectura en una fuente de buenos ratos y sabiduría para todos. Agradezco de corazón a cada uno de ellos su trabajo generoso.

JESÚS FERMOSEL DÍAZ
Consejero de Asuntos Sociales
Comunidad de Madrid

“No da quien quiere, sino quien quiere y tiene”

Algo para el billete

Una anécdota de Guillermo Rojo Navajo (85 años)
Residencia de Mayores de San Fernando de Henares



(R. M. San Fernando de Henares) nació en San Miguel de Bernuy (Segovia). Se estableció definitivamente en Madrid con unos 25 años y entró a trabajar en Imprentas Grafos haciendo impresión y cartelería, especialmente para cines y teatros; en esta empresa trabajó hasta su jubilación.

Soy de un pueblo llamado San Miguel de Bernuy, partido judicial de Cuéllar, provincia de Segovia, como se decía antiguamente. La anécdota que quiero me sucedió yendo al pueblo, desde Madrid, cuando estaba en la mili.

Para ir al pueblo solía coger el tren, que era el transporte más barato. Cuando ya estaba montado, de pronto me di cuenta de que no sabía si tendría dinero para pagar el billete. A esto le iba yo dando vueltos, cuando me encuentro delante de mí a un soldado cuya cara me sonaba.

Resultó ser un chico de Tejares, pueblo cercano al mío, al que conocía. “Ya tengo a quien pedirle”, me dije. Cuál no sería mi sorpresa: antes de que yo le pudiera decir nada, el chico se me acerca: “Oye Guillermo, ¿no podrías dejarme algo para el billete, que no llevo nada?”.

“¡Me cachis en la mar!” -me dije-, “¿a mí vienes tú a pedirme?”. Finalmente, resultó que sí llevaba yo dinero; no mucho, pero sí lo suficiente como para pagar mi billete y darle algo al chico del pueblo vecino.

“No da quien quiere, sino quien quiere y tiene”

Refrán que transmite la idea de que para ayudar a alguien no es suficiente con tener la voluntad de hacerlo, sino que hay que tener también capacidad suficiente. Curiosamente, existe y se utiliza también este refrán en sentido contrario, con una leve reformulación: “No da quien tiene, sino quien tiene y quiere”; en este caso, la máxima indica que tener la capacidad suficiente para ayudar a alguien no implica hacerlo; lógicamente, también hace falta voluntad.

“¡Estás en Babia!”

El monedero perdido

Una anécdota de Feliciano de las Heras (77 años)
Residencia de Mayores de Arganda del Rey



Feliciano de Las Heras (R. M. Arganda del Rey) nació Loeches, provincia de Madrid. En esta localidad, conocida por ser el pueblo de origen de Casa Ducal de Alba, ha residido prácticamente toda su vida. Trabajó algunos años en la zona de Bravo Murillo, en la capital, como interna en una casa.

A principios de 60, estando yo recién casada, estaba yo con unos pájaros en la cabeza... Un día cualquiera fui a comprar el mercado, y me llevé varias cosas de la frutería. Lo metí todo en un capacho de esparto, y al llegar a casa repartí la compra en los cajones de la parte de abajo de la nevera: judías, zanahorias, acelgas, alcachofas...

Al rato, me tenía que ir a algún sitio. Y cuando voy a salir, no encuentro el monedero. Yo siempre lo dejaba encima de un mueble, pero ahí no estaba. Me puse a buscarlo por todos los rincones. Al poco, llegó mi marido: ‘Desde luego, tienes una cabecita’, me dijo.

Buscamos y buscamos, pero no apareció. Volví a las tiendas en las que había estado ese día, recorrí el mercado... Nada, no hubo manera. Ya lo daba totalmente por perdido, y eso que me parecía extrañísimo.

Hasta que cinco o seis días después, de pronto voy a sacar algo del cajón de la verdura... ¡y ahí me encuentro el monedero, bien fresquito! “¡La madre que me parió!”, exclamé. Mi marido se partía de risa:

-¿Qué, no faltarán algunos cuartos?

-¡Nada, ni una perrilla!

“¡Estás en Babia!”

La expresión hace referencia a una comarca leonesa en la que los reyes de León pasaban largas temporadas, hasta el punto de que cada vez que en la corte había que justificar su ausencia, fuese o no cierta, se recurría a esta fórmula, que desde entonces se hizo popular: “Están en Babia”.



“No da quien quiere, sino quien quiere y tiene”
Algo para el billete



“¡Estás en babia!”
El monedero perdido

“Amor con amor se paga”

Aranjuez, ‘mon amour’

Una anécdota de ‘Maruja’ Acosta vidal
Centro de Mayores de Aranjuez



María Acosta Vidal (C. M. Aranjuez) nació en Madrid, en el barrio de Carabanchel Alto, en 1931. Después de casarse, se dedicó “a mis labores, y a hacer todo el bien que pueda en la humanidad”. Tiene dos hijos.

La mía es una historia triste, pero creo que también bonita. Intentaré, de todas formas, dejar de lado la parte más triste.

Hace muchos años, mi marido y yo compramos una finca al lado de Colmenar de Oreja. A los tres años de comprarla, tuvimos la mala suerte de que él tuvo un accidente, sobre el que prefiero no entrar en detalles. Él tenía cuarenta y ocho años. A causa del accidente, nos vinimos a Aranjuez. Finalmente, murió. Está enterrado en Carabanchel.

Después tuve otra pareja. Con él estuve prácticamente tanto tiempo como con mi marido, y estuve muy enamorada, porque realmente era un encanto de hombre. Pero también se me murió, y a él lo tengo enterrado en Aranjuez.

La suerte que he tenido, y lo que hace bonita mi historia, es que a los ochenta y dos años he

vuelto a encontrar el amor. Estoy enamorada de un encanto de hombre que he conocido aquí, en el centro.

Satur es un personaje: ha sido guarda forestal en toda la comarca. Nos conocimos en el baile. Él me sacó a bailar, y ahí empezó todo. Somos pareja. Aunque yo vivo en las afueras de Aranjuez, y soy muy ama de casa, vengo por aquí siempre que puedo y nos encontramos: comemos juntos, bailamos, nos damos besitos y algún achuchoncito que otro...

Sé que no es muy común a estas edades echarse novio, pero yo lo he hecho. Es una historia muy bonita. A mi marido, que es el padre de mis hijos, le adoraba. A mi pareja, como yo llamo al hombre con el que estuve tantos años como con mi marido, también le quería mucho. Y no me importa decirlo delante de Satur.

En lo físico, lo que más me gusta de él es su boca. Pero sobre todo su educación: es un hombre que sabe estar, y que sabe tratarme bien. Lo que él me dice, no me lo ha dicho ninguno. Así que estoy satisfecha de gustarle, y de ser muy sexy. No sé si es un poco narcisista decirlo así, pero es como lo siento.

A mis ochenta y tres años, estoy viviendo una historia amorosa muy bonita. Aquí, en Aranjuez mon amour.



“Amor con amor se paga”

Uno de los múltiples refranes que sobre el amor existen en castellano. Indica que el amor ha de ser correspondido, y puede usarse en distintos contextos: para indicar el entendimiento amoroso de dos personas, para reclamar afecto, o incluso de manera irónica.

“Quien en el casar acierta, en nada yerra”

Boda por poderes

Una anécdota de Lucía Vázquez Alonso (84 años)
Residencia de Mayores de San José



María del Carmen Peinado Gómez (R. M. San José) nació en Cigales, provincia de Valladolid, desde donde emigró a Madrid. En 1958, tras casarse por poderes, se estableció junto con su marido en Caracas, Venezuela, donde vivió hasta 1986, año en que ambos regresaron a Madrid.

En el año 57, la cosa no andaba muy bien en España, así que mi novio y un amigo de él decidieron marcharse a ganarse la vida a Venezuela. Se colocó en Caracas de impresor, y más o menos a los ocho meses de haberse ido, me reclamó para que me fuera con él. Antes de haberse marchado, llevábamos ya cinco años de novios.

Entonces no se podía entrar en Venezuela alegremente. Para poder irme con él, tenía que hacer muchísimos papeles. Y sobre todo tenía que estar ya casada, con mi partida de matrimonio legalizada. Un amigo de mi suegro, que era sacerdote, nos propuso casarnos por poderes.

Organizamos la boda en la iglesia de Los Jerónimos. Una boda como cualquier otra... ¡Salvo porque el novio no estaba! Mi padre me llevó al altar, y un hermano de mi futuro marido lo representó. Nos reunimos las dos familias para comer en un restaurante, y re-

cuerdo que la abuela de mi marido me decía: “¡Pobrecita, no hay derecho!”. No acababa de entender del todo cómo era eso de casarse por poderes.

No era nada muy habitual entonces casarse de esta manera, pero así lo hicimos. Luego tuvimos que hacer muchísimos papeles, ir a que un médico me revisara la garganta, la nariz y los oídos y a hacerme radiografías... Tenía que estar bien sana, sino tampoco me daban el visado. Mi suegro, que era un señor de los pies a la cabeza, me arregló casi todo, porque además trabajaba en una agencia de viajes.

Me casé el día de mi cumpleaños, el 1 de diciembre, y el 19 de marzo me marché. Lo recuerdo porque el día de San José me pilló en el barco. Un buque de 17.000 toneladas que venía de Génova. Yo me embarqué, sola, en Barcelona. ¡Menuda luna de miel!

El viaje lo recuerdo perfectamente: pasé diecisiete días en el mar. Me tocó compartir habitación con una señora mayor, que iba con una nieta a ver a su nieto a Maracaibo, el sitio de más calor de Venezuela, y donde está la industria del petróleo. Hicimos escala en Trinidad, aunque yo no me bajé.

Y por fin, desembarcamos en Venezuela, en el puerto de La Guaira, de donde se coge una autopista para llegar a la ciudad. Pudimos habernos casado de nuevo, pero allí estábamos solos, no teníamos familia con la que celebrar.

Nada más llegar, me quedé un poco asustada. Yo llevaba en la cabeza una idea de América, y aquello estaba todo como a medio hacer... Pero una vez me acostumbré, tuvimos allí una vida muy buena. Es un país muy bonito, no por su arte, si no por su naturaleza, que es maravillosa. Y con gente muy humilde y generosa, mucho menos egoísta que los europeos, aunque también más apáticos.

Vivimos en Caracas hasta que volvimos definitivamente a España, cuando el tema económico se empezó a poner mal allí. 28 años: total, nada. ¡Toda una vida!

“Quien en el casar acierta, en nada yerra”

Refrán en desuso, pero popular hace algunas décadas, que ahonda en la importancia de elegir correctamente al futuro marido o mujer, pues esta elección puede condicionar el resto de aspectos de la propia vida. También se insinúa la idea de que la elección del cónyuge tiene tal dificultad, que quien acierte podrá tener éxito en cualquier otro campo de la vida.

“La mar para los peces... y para los ingleses”

Día de pesca

Una anécdota de Ángela Ramírez del Monte
Residencia de Mayores Doctor González Bueno



Ángela Ramírez (R. M. Doctor González Bueno) nació en Madrid, aunque la mayor parte de su vida ha residido en San Lorenzo de El Escorial. En 1963, Ángela y su marido se mudaron a Málaga, donde residieron varios años contratados por ingleses que tenían casas de veraneo en la costa.

Estábamos mi marido yo viviendo y trabajando en Málaga, en 1969, en la parte de Benalmádena, en el chalé de unos señores ingleses. Allí vivimos una auténtica odisea un día en que decidimos salir a pescar.

Vivíamos muy cerca de la playa. Los ingleses tenían un barco, que anclaban cerca de la orilla. Para llegar hasta él tenían un bote de goma, como una *zodiac*, y cuando ellos se iban a su tierra, pues pasaban en Benalmádena unos seis meses al año, nos lo dejaban con total confianza. Íbamos a pescar a menudo a rocas muy cerca de la playa, y cogíamos unos pescados muy *apañaos*.

Un día de aquellos en que íbamos a salir a faenar, se presentaron una pareja de amigos de Málaga a visitarnos. Les invitamos a venirse con nosotros: íbamos los cuatro en el bote, junto con una perrita que era de los ingleses y que también nos acompañaba. Yo ni sé ni sabía nadar entonces. A estos amigos les pre-

guntamos si sabían, y contestaron que “uy sí, pues claro, nadamos como Tarzán”. Así que nos fuimos los cuatro, con nuestras cañas y demás aparejos.

Montamos en la barca y fuimos a las rocas, dejando la *zodiac* atada a un gancho que teníamos en las piedras. Total, que empezaron las olas a venir un poco más altas, con más espuma, y nos empezaba a salpicar bastante. Decidimos marcharnos. Vimos a unos pescadores yendo muy rápido a retirar unas redes que tenían, y ahí ya empezó mi marido a decir: “Esto no me gusta”.

Empezamos a volver: nuestros amigos se sentaron en el borde de la *zodiac*, bien agarrados. Yo decidí sentarme en el centro de la lancha. Y de repente vino una ola... y nuestros amigos se fueron al agua. Era un sitio en el que no hacían pie, y ellos se pusieron a chapotear, porque realmente no sabían nadar...

Domingo, mi marido, se lanzó al agua y los fue llevando a dónde hacían pie. Pero claro, yo me quedé dentro del bote con las cañas, los remos, el cubo y los cuatro o cinco pescados que habíamos cogido... La *zodiac* se fue hacia unas piedras, donde quedó embarrancada.

Aproveché para bajarme, justo cuando de repente llegó otra ola y la volcó: los remos por un lado, las cañas por otro, el cubo con los pescados rebotando con las rocas, la perrita

dando brincos detrás intentando coger alguno... y mi marido, mientras tanto, ayudando a nuestros amigos.

Acabamos todos calados hasta los huesos. Los cuatro pescados que habíamos cogido, por cierto, se perdieron entre los huecos de las rocas.

Una auténtica odisea.

“La mar para los peces... y para los ingleses”

Refrán marinero no demasiado conocido, que sin embargo no podía venir más al pelo de la anécdota narrada. El refrán hace referencia a la histórica preponderancia de la marinería inglesa y, aunque se desconoce su origen, algunos autores lo citan como dicho popular ya en el siglo XVI.

“La suerte está echada”

Dos historias sobre la lotería

Residencia de Mayores Doctor González Bueno

Acababa en 98

Luisa García Palomino



Luisa García Palomino nació en Madrid, en la calle del Águila, cerca de la iglesia de La Paloma, en La Latina. Se mudó después al barrio de Usera. Después de casarse, fue ama de casa, aunque “he cosido todo lo que he podido”. Tiene dos hijos y dos nietos.

Mi marido y yo teníamos por costumbre reunirnos con amigos, que también eran vecinos, en la Colonia Moscardó, en Usera, todos los jueves. Cada vez quedábamos en casa de unos, y nos solíamos juntar cuatro matrimonios. Corría el año 1987. Al lado de nuestra casa vivía un muchachito que vendía cupones casa por casa; Muchas veces le cogíamos el cupón para el sorteo del viernes.

Aquella semana no pudimos quedar: unos se tenían que ir a su pueblo, a otros les pasaba no se qué... En fin, que el jueves no nos reunimos. Era un día de verano, y yo venía de hacer un recado, cuando vi al muchachito de los cupones buscando sitio para aparcar su coche. “Le voy a coger un cupón”, me dije. Pero el chico no encontraba aparcamiento en la calle, así que al final me subí a casa.

Al rato, ya en casa, me asomé a la ventana, y de nuevo le vi. Se me volvió a pasar por la cabeza que le quería coger el cupón, pero finalmente desistí y no bajé. Pero no me quedé tranquila. Finalmente al rato, bajé de nuevo a la calle, y una vez más me lo encontré. Esta vez sí compré el cupón.

Los viernes yo solía escuchar el sorteo en directo, pero ese día no pude. Más tarde, por la radio, oí que decían el número ganador, y lo apunté muy deprisa. Fuimos ese día a casa de unos amigos, en un pueblo donde tenemos una casita, y allí lo comprobamos: uno de los números no coincidía con los que yo había apuntado. Pero llamamos a la ONCE para asegurarnos, y nos dijeron que mi número era el ganador: me había confundido yo al apuntarlo cuando lo escuché por la radio.

Así es que me tocó la lotería: dos millones. Compramos un coche, una motillo para un sobrino, dimos dinero a los chicos... Al muchachito que me lo vendió le dimos una propinilla. En cuanto a nuestros amigos, pues claro, les dio mucha rabia: “¡Para una vez que no estamos!”. Porque ellos también habían cogido cupón ese día, pero claro, en el sitio donde se encontraban; justo había coincidido que ese día sólo nosotros estábamos en el barrio.

Cuando recuerdo cómo sucedió todo aquel día, pienso que todo pasó como tenía que pasar. No recuerdo el número exacto con el que gané, sólo que terminaba en 98.

47996

Trinidad Canales



Trinidad nació en Los Navalmorales, Toledo. Su padre falleció durante la Guerra Civil: “No he visto nunca llorar a nadie con el desgarror y pena con que lloró mi madre cuando nos dieron la noticia”. Fue interna a un colegio de Agustinas, y después se empleó como costurera, hasta que se casó. Tiene dos hijos y dos nietos.

Una anécdota con mucha alegría: mi hija Mercedes, en 1989 hizo oposiciones para el Ayuntamiento de Madrid. Las aprobó y entró a trabajar allí. Unos dos años después, un concejal de la Junta Municipal del Centro, Ángel Matanzo, compró en Doña Manolita, en la puerta del Sol, lotería de Navidad para quien quisiera de los empleados.

Mi hija y otras seis compañeras suyas compraron un número: el 47996. Era la primera vez que mi hija jugaba la lotería. El primer año que compraba y, claro, el primer año que le tocaba: tres millones trescientas y pico mil pesetas a cada una. Fue una alegría tremenda.

Era viernes. Me llamó desde el trabajo: “¡Mamá, que me ha tocado!”. Mi hija tendría entonces veintidós o veintitrés años entonces.

El no va más. Me acuerdo que si esto fue un viernes, había que esperar al lunes para cobrar, así que pasamos el sábado y el domingo con unos nervios... Pero el lunes fuimos temprano al banco, con el cupón muy bien guardado. Allí ya nos dijeron la cantidad exacta y no hubo ningún problema.

Con lo que le tocó dio la entrada para un apartamento muy bonito en Plaza Elíptica, en el que sigue viviendo. Ahora es Jefa de Negociado en la Plaza del Reloj, pues después siguió haciendo oposiciones. Tenemos todavía guardada la fotocopia del cupón. Ella casi todos los años juega, y le suele salir el reintegro.

Eso sí, no le ha vuelto a tocar: la suerte pasa una vez en la vida.

“La suerte está echada”

Frase que se emplea para señalar que en determinadas situaciones es poco o nada lo que se pueden hacer, ya que el desenlace es imposible de modificar. Se atribuye la expresión original latina, Aleja iacta est, a Julio César. Traducible de manera literal como “el dado fue echado”, se supone que el célebre estratega romano pronunció la frase cuando se disponía a cruzar con sus tropas el río Rubicón, desobedeciendo así expresamente las órdenes del senado y dando inicio a una guerra civil.

“Más hambre que el perro del afilador”

El aprendiz

Una anécdota de Valentín Gismera Lastras (87 años)
Residencia de Mayores de Parla



Valentín Gismera Lastras (R. M. Parla) nació en Madrid, en el barrio de Tetuán de las Victorias. Tras emplearse como aprendiz en un taller de ebanistería, tras la Guerra Civil, se dedicó al oficio toda su vida, hasta jubilarse. En la residencia tiene un pequeño taller donde sigue fabricando sus piezas de madera. Está casado y tiene dos hijos y cuatro nietos.

En los años 40, yo vivía por el barrio de Tetuán de las Victorias, y trabajaba en una empresa en Ríos Rosas. Era un taller de ebanistería; entré allí de aprendiz, cuando no tenía ni los trece años, aunque estaba a punto de cumplirlos.

Entonces era muy habitual aprender un oficio de esta manera. Había aprendices en todas partes, cosa que ahora ya no existe. En aquella época tampoco había Seguridad Social, ni nada parecido, todo eso vino después...

Cuando empecé a trabajar, si tenía que firmar en una hoja, lo hacía con la huella del dedo: era analfabeto. Aprendí a leer después, en el metro. Iba juntando letras, y poco a poco fui aprendiendo. Así que yo, hoy día, leo, pero leo despacio: cojo un libro y necesito mi tiempo, no como la mayoría de la gente, que lee de corrido.

Durante la guerra, a mí me habían evacuado a Alarcón, en la provincia de Cuenca: nos

mandaron a Valencia, pero nos dejaron a medio camino. Allí estuvimos hasta que todo acabó, y volvimos a Madrid andando: siete, ocho días, de pueblo en pueblo. En algunos, nos daban cobijo en las cuadras, y en otros, ni eso. Y de comer, nada. Nos negaban la comida.

Y de vuelta a Madrid, había muchísima necesidad. Así que entré en aquel taller para poder ganarme la vida. Una anécdota que recuerdo bien sobre el hambre que se pasaba entonces, es la siguiente: muchas tardes, mi jefe, que vivía en Cuatro Caminos, me decía esto:

- Valentín, ya que vas para arriba, ¿podrías subirle un poco de leña a mi cuñada?

Yo aceptaba. Iba a buscar la leña a dónde me dijera, y se la llevaba a la cuñada. Le subía la leña y a cambio ella me solía dar una barra o un trozo de pan, y una naranja. Vivía en un segundo piso; pues bien, cuando yo esta-

ba de vuelta en la calle, ya ni llevaba pan, ni naranja, ni había tirado ni una monda. Tenía tanta hambre que, en lo que bajaba los dos pisos, ya me lo había zampado todo, cáscara de naranja incluida.

He pasado hambre, y he trabajado mucho para poder vivir honradamente. Después de muchas horas trabajando en el taller, ganaba un poco más llevando muebles de cocina a

una tienda, en la calle Pez. Cogía mi carrito de mano, cargado con dos o tres muebles, y para allá me iba. No estaba tan mal, porque era cuesta abajo. Pero a la vuelta, aunque venía descargado, me costaba muchísimo hacer el camino cuesta arriba con el carrito, que tenía que dejar en su sitio antes de poder irme por fin a casa.

“Más hambre que el perro del afilador”

Popular chascarrillo de origen desconocido, que recuerda la dura profesión del afilador ambulante. Quienes desempeñaban este oficio recorrían las calles de las ciudades o pueblos sobre una bicicleta o motocicleta, en la que llevaban todo la logística necesaria para afilar a sus clientes cuchillos, tijeras, herramientas, etc. La rueda de afilar, un disco de piedra que iba integrado en su vehículo, soltaba chispas al contacto con el metal. La más probable explicación de la génesis del refrán, une de manera ingeniosa varios conceptos: el hambre que se supone pasaba el perro que solía acompañar al afilador ambulante, ya que la profesión no producía grandes ingresos y resultaría difícil alimentar a una mascota, y la reacción que provocaría en el perro ver las chispas saltar, de manera que el animal, curioso, intentaría cogerlas con la boca, al igual que suelen hacer los perros cuando vuela una mosca cerca. De la unión de ambas ideas probablemente nace este refrán, que se suele completar: “Más hambre que el perro del afilador, que se comía las chispas para comer algo caliente”.



“Más hambre que el perro de un ahñador”
El aprendiz



“Quien en el casar acierta, en nada yerra”
Boda por poderes

“No es oro todo lo que reluce”

El baúl de la abuela

Una anécdota de Marina Escudero Rodríguez (67 años)
Centro de Día Los Cármenes



Marina Escudero Rodríguez (C. M. Los Cármenes) nació en Vellilla (Valladolid), desde donde se trasladó, a los quince años, a Madrid. Trabajó en un laboratorio de cosmética hasta casarse, con 24 años. Tras criar a sus tres hijos, siguió estudiando y trabajando en diversas áreas. Es muy aficionada a la literatura y escribe con asiduidad.

¡Qué alegría! Estaba otra vez ante la canasta de mimbre con ropa usada, pasada de moda y de talla, que había en el “sobrao” de la casa de mi abuela. Siempre encontraba algo interesante con que disfrazarme. Ese día me lancé a investigar también en el maravilloso baúl multicolor. Encontré la llave colgada de un cordón detrás de la puerta.

Mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que entre lujosas capas de fieltro negro bien dobladas, corpiños con lentejuelas y abalorios de no se sabe cuántas modas atrás, había una blusa color azul, completamente nueva, aunque contenía el intenso olor a años, humedad y naftalina que desprendían el resto de las ropas allí guardadas. Cuando conseguí liberarla de todo el peso que parecía oprimirla, me pareció oír un grito de socorro.

-¡Sácame de aquí, querida niña, llevo siglos esperándote!-, parecía decirme.

Esta prenda no la habíamos usado nunca ninguna de mis hermanas ni yo misma. ¡Qué extraño me pareció el hecho! Porque no había prendas de sobra para nadie.

-¡Qué poca gracia tiene el escote! -pensé-. No tiene ni puntilla ni adorno alguno como en la abertura de las mangas.

No obstante, pasé la cabeza por el escote, los brazos por la bocamanga y después de colocar bien la prenda, anudé su cinta en mi cintura. Me pareció una oportunidad estupenda para estrenar ropa. Estaba contenta y alegre como niño con zapatos nuevos. Resultó ser de mi talla. ¡Qué maravillosa casualidad!

Bajé apresurada a mostrar el hallazgo del modelito a mi abuela. Estaba distraída con sus cosas, pero cuando levantó la vista y me vio así vestida fue tal su carcajada que aún resuena en mis oídos.

Mis hermanas, que presenciaban la escena, estaban tan sorprendidas como yo misma. No entendíamos la risa histérica de la abuela. Ella no acertaba a comentarnos que en realidad la blusa que yo acababa de estrenar, no era, ni más ni menos, que una braga muy antigua, pasada no sólo de moda, sino de siglo.

De algodón, con remates de puntilla en la abertura de las piernas, una cinta para ajustarse a la cintura y una original abertura en la entrepierna, que servía para que el niño hiciera sus micciones sin mojarse. Eso era lo que yo había utilizado como escote.

“No es oro todo lo que reluce”

Se trata de una expresión cuyo origen se desconoce, pero que aparece citada ya en La Celestina (1499), así como en Don Quijote de La Mancha (1605). La génesis de esta frase podría estar en la España colonial de finales del siglo XV, cuando empezó a circular el oropel, metal de aspecto muy similar al oro pero de valor mucho menor, utilizado por timadores en intercambios comerciales. El significado del refrán es bien conocido, y básicamente se puede explicar con otro refrán: las apariencias engañan.

“Donde fueres, haz lo que vieres”

El ruso besucón

Una anécdota de María Presentación Brea (66 años)
Centro de Mayores Sagasta



Hicimos un viaje este verano con la Comunidad de Madrid, a las Repúblicas Bálticas. La última noche la pasamos en Tallín, la capital de Estonia. En el hotel se celebraba una especie de fiesta de despedida. Mientras cenábamos, pusieron música, y luego empezó el baile. Como el restaurante del hotel estaba abierto al que quisiera entrar, llegaron un grupo de rusos y se pusieron a bailar.

Uno de los rusos del grupo no tenía pareja para bailar, así que se puso a mirar a ver si sacaba alguien de toda la gente que estábamos allí. Sacó a una muchacha que estaba cenando, y la verdad es que estuvo muy insistente, hasta que al final salió la muchacha, que luego se largó en seguida.

Yo estaba de espaldas, o sea que no vi exactamente toda la secuencia de lo que pasó.

María Presentación Brea (C. M. Sagasta) nació en Madrid, en la calle Campoamor. A los 25 años se mudó al barrio del Pilar, donde vive desde entonces. Trabajó en el negocio familiar, una tienda de productos de alimentación, y después en el ministerio de Trabajo. Aprobó unas oposiciones de administrativo para Telefónica, y más adelante otras para Técnico de Comercial, también en la entonces empresa pública. Con la privatización de Telefónica, se prejubiló, a los 52 años. Una de sus pasiones, durante toda su vida, ha sido viajar, haciendo desde los 25 años “al menos dos viajes al año”. Tiene una hija.

El caso es que al poco nos animamos nosotras a bailar, pero en mi grupo nadie quería bailar con él.

El ruso, que era bien parecido y muy alto, enseguida vino hacia nuestro grupo y se me puso enfrente. Me agarró del brazo y me llevó como con un poco de mala leche, en una palabra. Yo no tenía ganas de pelearme por una tontería así. “¿Quieres bailar? Pues bailamos”, pensé. Eso sí, bailamos suelto, con un poco de distancia.

Así que estuvimos bailando. Al acabar, me dio un abrazo que me dejó la columna descolocada, y de repente veo que intenta darme un beso en los morros. Yo me metí hábilmente por debajo de su sobaco, y todavía debe seguir buscándome... Mis amigas se partieron de risa. “¿Pero cómo lo has hecho?”, me decían. “Pues como bailo

bien la salsa, que hay que hacer muchas filigranas...”.

Al parecer, según nos contó el guía después, en Rusia es costumbre dar un beso en los labios a la persona con la que se ha bailado. Yo estoy convencida de que fue por eso por lo que me quiso besar, no porque le gustara.

Total, que a mí estas costumbres distintas me parecen muy bien. Dicen que “haya donde fueres, haz lo que vieres”, y estoy de acuerdo. Pero eso sí, añadiría que “si no te gusta lo que vieres, no lo hicieres”.



“Donde fueres, haz lo que vieres”

Refrán muy conocido, que aconseja imitar las costumbres y comportamientos que se observen en el país donde uno esté. Este refrán tiene como curiosidad lingüística —así lo destaca el Instituto Cervantes— el utilizar dos formas del subjuntivo, tiempo que no se emplea muy habitualmente. Hay testimonios escritos del uso de este refrán ya a principios del siglo XVII, en textos como La vida del Buscón llamado don Pablos (1622), de Francisco de Quevedo. Sin embargo, hay antecedentes muy anteriores para este refrán, como el proverbio “cuando estés en Roma, vive conforma a las costumbres romanas”, que al parecer se decía ya en la Roma antigua.

“*Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*”

El escaparate viviente

Una anécdota de Mercedes Pajares Miranda (86 años)
Residencia de Mayores Arganda del Rey



Mercedes Pajares Miranda (R. M. Arganda del Rey) nació en 1928 en Madrid, en la zona de Bravo Murillo, donde ha residido toda su vida. Es una madrileña “pura, de más de siete generaciones de madrileños”. Trabajó gran parte de su vida como camisera, haciendo arreglos a mano para varias camiserías especializadas. Se casó con 26 años y tiene dos hijos.

Antiguamente, en mis tiempos, cuando yo estaba recién casada, se puso de moda en algunas tiendas poner “ escaparates vivientes ” como publicidad de los comercios. O sea, en los escaparates hacían una especie de representación con personas reales en vez de maniquís, y eso era un reclamo para las tiendas, porque todo el que pasaba por la calle se paraba a mirarlo.

Nosotros vivíamos por la zona de Bravo Murillo, y aquel día, sobre el año 55, salimos mi marido y yo a pasear. En la esquina de Francos Rodríguez con Estrecho nos topamos con uno de esos escaparates vivientes. Lo había puesto una tienda de muebles, y representaba la vida familiar como en el año 1.800: una madre planchando la ropa de un cesto, su hija haciendo los deberes... las actrices iban vestidas de época, con medias, vestido de volantes...

Mi marido y yo nos paramos a verlo. La calle estaba llena de público, había mucha gente. Nos quedamos asombrados del espectáculo, que a mí me llamó muchísimo la atención, pues entonces no era habitual en el barrio ver una cosa así, tan bonita. Yo me quedé mirando con mi marido al lado.

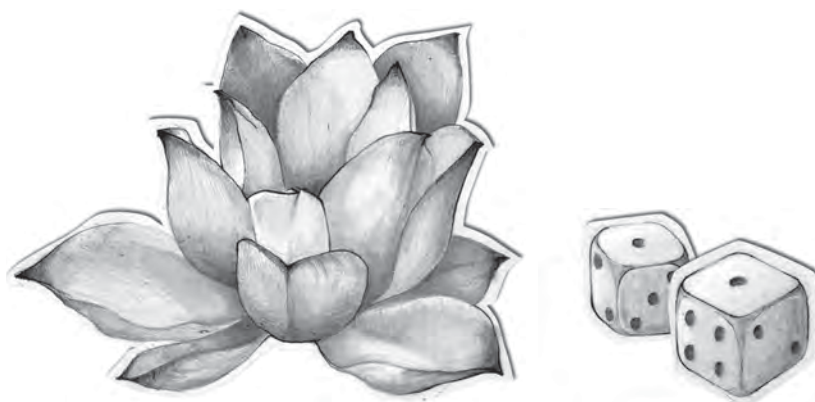
Como decía, había mucha gente allí, y los que estaban detrás empujaban para llegar delante, ya se sabe como es la gente en las aglomeraciones... Así que en un momento yo me agarré del brazo de mi marido (o eso creía yo) para salir del lío, y le iba comentando lo bonito que me había parecido. Como no me contestaba, le miré a la cara y de pronto vi que no era mi marido, sino otro señor, muerto de risa.

¡El susto que me llevé! ¡Qué vergüenza! A unos metros estaba mi marido, con otras dos

señoras, muertos de risa también, viendo toda la escena. Después de aquello, nos quedamos hablando un rato con el señor que yo había confundido con mi marido, y luego nos fuimos a tomar un vino a un bar que había en Bravo Murillo, que se llamaba El Maño.

Y lo más bonito de esta historia, es que de aquello surgió un amistad duradera entre mi

marido y yo y aquel desconocido y su mujer, pues él estaba también casado. Quedamos a menudo a partir de entonces, en su casa o en la nuestra, jugábamos a las cartas, cenábamos... Una amistad preciosa, para toda la vida.



“Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”

Uno de los refranes más utilizados en castellano, destaca a través de una imagen de la naturaleza la idea de protección o de beneficio que pueden proporcionar las buenas compañías. El uso del árbol como metáfora o símbolo de protección viene de antiguo, existiendo referencias en este sentido por ejemplo en los mitos griegos, en antiguas parábolas orientales o en el Antiguo Testamento. El refrán aparece citado completo, entre otros muchos textos, en La Celestina (1499), de Fernando de Rojas.

“Tal para cual, dijo el pardal”

El hotel de los líos

Una anécdota de Eloísa Martín Domínguez (71 años)
Residencia de Mayores Arganda del Rey



Eloísa Martín Domínguez (R. M. Arganda del Rey) nació en Peñarroya-Pueblo Nuevo, provincia de Córdoba. Emigró desde su Córdoba natal a Madrid, donde ha residido la mayor parte de su vida, aunque vivió además tres años en Cataluña, sirviendo en una casa, dos años en Suiza, donde trabajó en una fábrica de tiras bordadas y pañuelos, y otros dos años en Viena, empleada en este caso como cocinera para diplomáticos. En Madrid trabajó también de cocinera para los diplomáticos Borja Prado y Colón de Carvajal.

Fui con mi pareja, que es también una persona de la residencia, a Torrevieja, en la costa de Alicante. Las vacaciones habíamos decidido pasarlas en un hotel de cuatro estrellas en la playa.

Todo pintaba perfecto, pero desde el momento en que llegamos al hotel empezamos a tener la sensación de ser dos catetos de pueblo, pues todo lo que ocurría nos resultaba extraño y no sabíamos cómo manejarnos con ciertas cosas que en este tipo de hoteles deben ser normales, pero de las que nosotros no teníamos ni idea.

Nada más llegar a recepción, ya con cara de catetos, nos dieron una tarjeta para el bufé del hotel. Lo que no sabíamos, es que dentro iba otra tarjetita que servía para abrir la puerta de la habitación y dar la luz. Así que le dije a la señorita: “Deme usted la llave de la puerta”, a lo que me contestó: “La lleva usted

dentro de la tarjeta del bufé donde se come”. “Pues gracias”, le dije.

Subimos a la habitación. Intentamos meter la tarjeta, pero no había manera de abrir la puerta. Tuvimos que llamar a un vecino de planta, al que le preguntamos cómo se abría la puerta. Salió una señora que nos la abrió y se marchó. Siguió problema: las luces. Dimos a los interruptores, pero no se encendía ninguna luz.

Yo extrañada, volví a salir a preguntar dónde se daba la luz. “Mire usted, aquí hay una ranura para meter la tarjetita”, me contestó, y ya lo pudimos resolver. Pero lo siguiente es que me quiero dar una ducha, y al darle el grifo el agua sale helada. No fui capaz de graduar la ducha, con lo cual tuve que salir sin ducharme.

Y todavía hay más... Decidí lavar una prenda interior en el lavabo. Lo llené de agua y dejé la prenda, pero cuando fui a levantar el tapón, el agua no se iba. Tuvimos que llamar a recepción y finalmente tuvo que subir un fontanero.

Después de que nos tuvieran que explicar cuatro o cinco veces cómo funcionaba la caja fuerte del hotel, pues no éramos capaces de abrirla para meter un reloj de oro, estaba claro que a ojos de todos parecíamos dos catetos que acababan de llegar del pueblo: por más que nos explicaban, no sabíamos.



“Tal para cual, dijo el pardal”

Refrán tradicional que se utiliza con fines críticos o, como en este caso, humorísticos, ya sea en su fórmula completa o abreviada, el más sencillo y común “tal para cual”. Se utiliza para establecer una semejanza entre dos personas, a menudo con sentido negativo. Por cierto que la palabra “pardal”, sinónimo de gorrión, tiene otro significado tanto o más extendido que el literal: “Se dice de la gente de las aldeas, por andar regularmente vestidas de pardo”, según recoge el diccionario de la RAE.

“A nadie le amarga un dulce”

El kiosco de Valdelaguna

Una anécdota de Herminia Rubio Prieto (87 años)
Residencia de Mayores Arganda del Rey



Herminia Rubio Prieto (R. M. Arganda del Rey) nació y vivió siempre en Valdelaguna, provincia de Madrid. Tras muchos años de trabajo en el campo, a principios de los años 80 montó un kiosquito en la plaza de su pueblo, del que se retiró quince años después. Herminia tiene dos hijos.

En mi pueblo, Valdelaguna, muy cerca de Chinchón, toda mi vida había estado trabajando en el campo: recogiendo olivas, ajos... Hasta que un día la kiosquera del pueblo, que tenía un puestito en su casa, dando a la plaza, se murió. Y entonces yo, como mi casa también daba a la plaza y el sitio era muy bueno, pues me dije: “Yo lo voy a poner”.

Arreglé la habitación que daba a la plaza, monté una estantería, puse un ventilador, y ya tenía mi kiosco. Yo tenía 59 años, y estuve quince años con él. Aquel era el lugar de encuentro de grandes y pequeños en el pueblo. Allí, no sólo se despachaban golosinas: también alegría y amistad.

Vendía helados, flases, berenjenas, pepinillos... tenía de todo. También tartas por encargo, o las rosquillas de candil, como me enseñó mi madre a hacer, con masa como de madalena. Iba a Madrid todas las semanas a por cosas. Aunque podían servir el género en

casa, si iba yo podía elegir mucho más. Porque a los críos lo que les gusta es la variación. Y también, el kiosco era conocido por las bromas. A mí siempre me ha gustado bromear, y hacía muchas bromas a los críos. Bueno, y ellos también me las hacían a mí... Recuerdo un Día de los Inocentes, por ejemplo, en que me dediqué a hacer papelitos con mensajes graciosos. Luego les ponía un poco de pegamento, y con la excusa de saludar algún cliente, le daba unos golpecitos en la espalda y se lo dejaba pegado.

Otra de las veces en que hice de las mías fue unas Navidades: me puse un moco de esos de plástico, un artículo de broma, en la nariz. Y ahí estaba yo, muy seria, en mi kiosquito. Había una persona mayor que al rato me vino: “¿No se da cuenta, Herminia, usted que está despachando y tiene ahí colgando...?”. Y yo conteniéndome para no partirme de risa, me ponía muy seria y decía: “¡Si es que con tanto trabajo, no tengo tiempo ni de limpiarme!”.

Haciendo bien, yo he sido un diablo. Siempre por hacer a la gente la vida feliz. No me importaba regalar cosas a veces a los críos, que se ponían tan contentos. Y ganar no ganaba mucho, me dejaba un poquito de dinero, un poco más en verano, por los helados. Cuan-

do ya me retiré, hubo una chica que puso un kiosco, pero duró poquito tiempo.

Para mí, aquellos quince años fueron inolvidables: los más felices de mi vida.



“A nadie le amarga un dulce”

Uno de los refranes o proverbios más utilizados en castellano, redunda en la idea de que cualquier beneficio debe ser bienvenido, aunque pueda ser en principio poca cosa. Se trata de un refrán con diversas variantes, también válidas: “A ningún tonto lo amarga un dulce” o “a nadie le amarga un dulce, aunque tenga otro en la boca”, añaden distintos matices a la idea original.

“Al que madruga, Dios le ayuda”

El madrugón

Una anécdota de María del Pilar Sánchez Ramírez (72)
Centro de Mayores Sagasta



María del Pilar Sánchez Ramírez (C. M. Sagasta) nació en Salamanca y se crió en Madrid. Empezó a trabajar con trece años, de modista. Ha vivido en la calle Bravo Murillo, en Móstoles, y actualmente en el barrio de Argüelles. Está casada y tiene dos hijas. Pilar ha hecho numerosos viajes organizados por la Comunidad de Madrid. El sistema, que implicaba coger número con antelación y luego someterse a un sorteo, según se explica en su anécdota, cambió unos años después, simplificándose los trámites y eliminándose el sorteo.

Toda mi vida me habían dicho que era bueno madrugar, por aquello de que “al que madruga Dios le ayuda”. Bueno, pues hay veces en que no es así.

Cuando la Comunidad de Madrid empezó a ofrecer viajes para mayores, hace como diez años, se montaban unos follones tremendos para obtener una plaza. Hace unos años salió un viaje a Praga, Viena y Budapest, y unas amigas del centro y yo queríamos ir. Con ellas quedé en que como a mí nunca me ha importado madrugar, sería yo quien fuese muy temprano a coger número, para ellas y para mí, en la agencia de viajes.

A las seis de la mañana me levanté. Me fui corriendito para la agencia, con la mala suerte de que me di un tortazo en la calle. No me podía levantar, y en la calle a esas horas no había ni un alma para ayudarme.

Me hice daño en las rodillas, y me dolía mucho el hombro, que luego resultó que me lo había roto. Pero aún en éstas, mi pensamiento era: “bueno, pero si al menos cojo viaje...”. Así que me levanté finalmente como pude: a gatas, y apoyándome en una pared, me puse en pie. Y cuando me recompuse un poco, me fui a la agencia.

Cogí los números y me quedé esperando a mis amigas, con las que había quedado en la agencia las siete y media. Las personas de la agencia me decían: “Pero señora, llame a sus amigas y que vengan ya”, y yo me empeñé en esperar. Cuando aparecieron, yo estaba allí sujetándome el brazo. “¡Es que eras más bruta!”, me dijo una de mis amigas. “Si yo digo que os voy a esperar, os espero”, dije yo.

Les di el número, y me fui corriendo a casa a buscar a mi marido, para que me llevara a

urgencias. Nos fuimos al hospital Madrid, y allí me pusieron nolotil en vena y me confirmaron que me había roto el hombro. Ojo: yo todavía, en lo que pensaba, era en mi viaje.

Mandé a mi marido de vuelta a la agencia de viaje, con las chicas, para ver si nos tocaba, y me quedé yo sola en el hospital. Al rato ya pude salir, y me fui directa para la agencia. Llegó mi turno... y no me tocó: no me dieron viaje. Así que mira qué ayuda me había dado Dios por madrugar. De lo del refrán, nada.

Me tiré un buen tiempo con el hombro roto. Eso sí, desde entonces mis amigas, que se creían que yo era una blandengue, cada vez que me ven que estoy un poquillo cara de enferma, dicen: “¡Cómo estará Pilar, si tiene la carita así!”.

A los dos meses, me llamaron de la agencia: por fin tenía el viaje que había querido. Lo pude hacer, y sin tener que madrugar esta vez. Desde aquello que me pasó, ya no madrugó, salvo en ocasiones muy concretas.

“Al que madruga, Dios le ayuda”

Uno de los refranes más conocidos y utilizados en castellano, que puede ser entendido literalmente, o con un significado más amplio, en el que la idea clave es que ser diligente y previsor es recomendable para tener éxito en la vida. Su origen es antiguo (aparece, por ejemplo, citado en el Lazarillo de Tormes o en el Quijote). Debido a su uso habitual, este refrán tiene muchas variantes, coletillas y réplicas para matizar el sentido de la frase: “a quien madruga Dios le ayuda, si se levanta con buen fin”, o “a quien madruga Dios le ayuda si se levanta con buen pie”, son dos ejemplos de matiz similar. Una de las réplicas más ingeniosas es ésta: “a quien madruga Dios le ayuda, y uno que madrugó un duro se encontró; pero más madrugó el que lo perdió”.

“Éramos pocos y parió la abuela”

El paso a nivel

Una anécdota de Carmen Vidales Gómez (84 años)
Residencia de Mayores Doctor González Bueno



Carmen Vidales Gómez (R. M. Doctor González Bueno) nació en la ciudad de Toledo en 1930. Vivió con sus hermanos en una casilla junto a un paso a nivel, tal y como explica en su anécdota, hasta que su padre se jubiló. Carmen se casó y tuvo cuatro hijos varones. Hoy es la única que queda de sus diez hermanos.

Mi padre era guardabarreras. Había sido obrero, pero cayó enfermo, con asma, y le dieron un paso a nivel. Vivíamos en una casilla, junto al paso a nivel del que se ocupaba mi padre, entre Seseña y Ciempozuelos. No había ningún pueblo cerca, apenas dos o tres casillas como la nuestra, para los vigilantes de las fincas cercanas.

Éramos diez hermanos, y dos nietos de mi madre de los que se había hecho cargo, los que vivíamos con mis padres en aquella casilla. Nos repartíamos en dos habitaciones: había dos o tres camas en cada habitación, y dormíamos atravesados, uno a los pies, otro en el cabecero y otro en medio.

No había armarios: mi madre ponía una cuerda de una esquina a otra de la habitación, para poner la ropa. La ropa se ponía negra, porque nos alumbrábamos con petróleo, carburo o candil. Que me acuerdo que una vez que iba a estrenar un vestido, lo tuve que lavar antes de ponérmelo de lo negro que estaba.

Y no había ni luz, ni agua. El agua nos la daban unos maquinistas que pasaban de vez en cuando. A veces paraban, y otras no: se reían y pasaban de largo. Para calentarnos, teníamos leña, que sacábamos de las traviesas podridas del tren. Cuando una se pudría, le dejaban a mi padre cogerla para leña.

Para comprar, caminábamos hasta Ciempozuelos, y luego había que volver hasta allí con toda la carga, aunque también había gente que pasaba con burros. No había colegio al que ir. Yo sé leer y escribir porque algunas noches venía un señor a relevar a mi padre en el paso a nivel, y este señor les ponía cuentas a mis hermanos. Yo me quedaba con ellos, y así aprendía algo. Luego, ya de mayor, fui a la Escuela de Mayores de Getafe y aprendí lo poco que sé, que me ha servido para apañarme bien.

Por el paso a nivel, coches no pasaban casi nunca, en parte porque entonces aún no había muchos. Lo que sí pasaba era el ganado, que llevaban de una finca a otra. Así que allí,

en la casilla, no había mucho que ver, y cada vez que pasaban ovejas, cabras o toros bravos, nos íbamos mis hermanos y yo a la puerta a verlo. Un día cualquiera, teniendo yo unos ocho años, uno de mis hermanos, que tenía quince o por ahí, dijo: “Si pasa por aquí un toro, yo lo toreo”.

Y dio la casualidad de que aquel día un toro se desvió de la manada, y fue a pasar muy cerca de dónde estábamos. Mi hermano, el que había dicho que lo torea, al verlo llegar fue el primero en echar a correr. Se metió en la casa y cerró la puerta, dejándonos a nosotros fuera. Afortunadamente, el toro no se fijó en nosotros y siguió su camino, que si no...

Otra anécdota que recuerdo de aquella época, fue una vez que nos íbamos a vender huevos. Mi madre tenía gallinas, y cuando juntaba unas cuantas docenas de huevos, nos cogíamos ella, mi hermana y yo, metíamos los huevos en unas cestas, y nos íbamos a Aranjuez, donde mi madre los vendía.

Íbamos en tren, porque por ser mi padre guardabarreras, le daban un carné (un “kilométrico”, se llamaba) con el que podía viajar gratis toda su familia. Así que aquel día estábamos en la estación de Seseña, esperando con nuestras cestas de huevos, cuando vimos que se acercaba un tren.

Yo pensé que era el nuestro, y me acerqué a las vías. Pero resultó que era un tren que llevaba mozos que iban a hacer la mili. El tren no paró, pero pasó muy despacio por la estación. Se bajó un mozo, y de pronto agarró mi cesta y echó a correr. Mi madre y mi hermana no se dieron ni cuenta.

Él tiró de la cesta, pero yo no la solté: el mozo me fue arrastrando, hasta que fue él el que la tuvo que soltar, porque si no se le iba el tren. Así que no me pudo robar la cesta, que yo no iba a soltar de ninguna manera: llevaba allí nuestros huevos.

“Éramos pocos y parió la abuela”

Refrán muy popular, que se utiliza a modo de queja humorística cuando hay demasiada gente en un lugar y llega más o, en sentido más amplio, cuando a una situación ya de por sí muy difícil se le une alguna nueva dificultad. Otros refranes de sentido similar son: “pongo un circo y me crecen los enanos”, o el menos usado pero también divertido “no cabíamos al fuego, y entró el abuelo”.

“El que tiene boca se equivoca”

En algún lugar cerca de Jaca

Una anécdota de José Antonio Sánchez Franco (67 años)
Centro de Mayores de Aranjuez



José Antonio Sánchez Franco (C. M. Aranjuez) nació en Sevilla. Su padre era militar, por lo que durante su juventud residió, merced a los cambios de destino de su padre, en Albacete, San Javier o Zaragoza, hasta que finalmente la familia se estableció en Madrid. En su juventud, José Antonio decidió en cierto momento que estaba harto de “las dos dictaduras, la de Franco y la de mi padre”, y se marchó a vivir a París, donde residió varios años. De vuelta a Madrid, se empleó de portero, o “empleado de fincas urbanas, como se dice más finamente”, en el barrio de La Estrella. Es aficionado a viajar “desde que tengo uso de razón”. Es igualmente muy aficionado a la escritura.

A mis treinta y ocho años recién cumplidos, podría contar muchísimas historias. La que me viene hoy a la cabeza es sobre una chica inglesa que todavía se debe estar acordando de mí, y no precisamente para bien. Pobrecita...

Ocurrió en una ocasión en que fui a conocer Jaca, hace cuatro o cinco años. De siempre me ha gustado conocer pueblos de España; lo hacía y lo sigo haciendo a menudo. Soy una persona a la que lo único que podría arruinarle es viajar. España tiene unos pueblos preciosos, por todas partes.

Viajo sólo, y suelo hacerlo en ferrocarril, un medio de transporte que me encanta. Igual que hay gente fanática de viajar en bicicleta, yo lo soy de viajar en tren. He dado dos veces

la vuelta a España en ferrocarril. Me pongo a la espalda de la marcha y voy mirando el paisaje. Busco siempre pueblos pequeños que no conozco, y me alojo en hostales.

En uno de aquellos viajes, me fui, como decía, a conocer Jaca. Iba desde Zaragoza, en tren. Miré el horario en la estación y cogí mi tren sin problema. Al rato, el tren paró en una estación, que según el horario tenía que ser Jaca, y me dispuse a bajarme. Coincidió que iba en mi vagón una chica inglesa, con su mochila, que se acercó a mí para preguntarme si estábamos en Jaca. Le contesté que sí, y ambos nos bajamos.

Salí de la estación para buscar alojamiento en algún hostel cercano. Sí recuerdo que, saliendo, me quedé un poco extrañado al ver que la

estación era intermodal, o sea que estaba allí también la de autobuses. Me extrañó, porque yo llevaba un plano de Jaca según el cual la estación debía estar en otra parte de la ciudad.

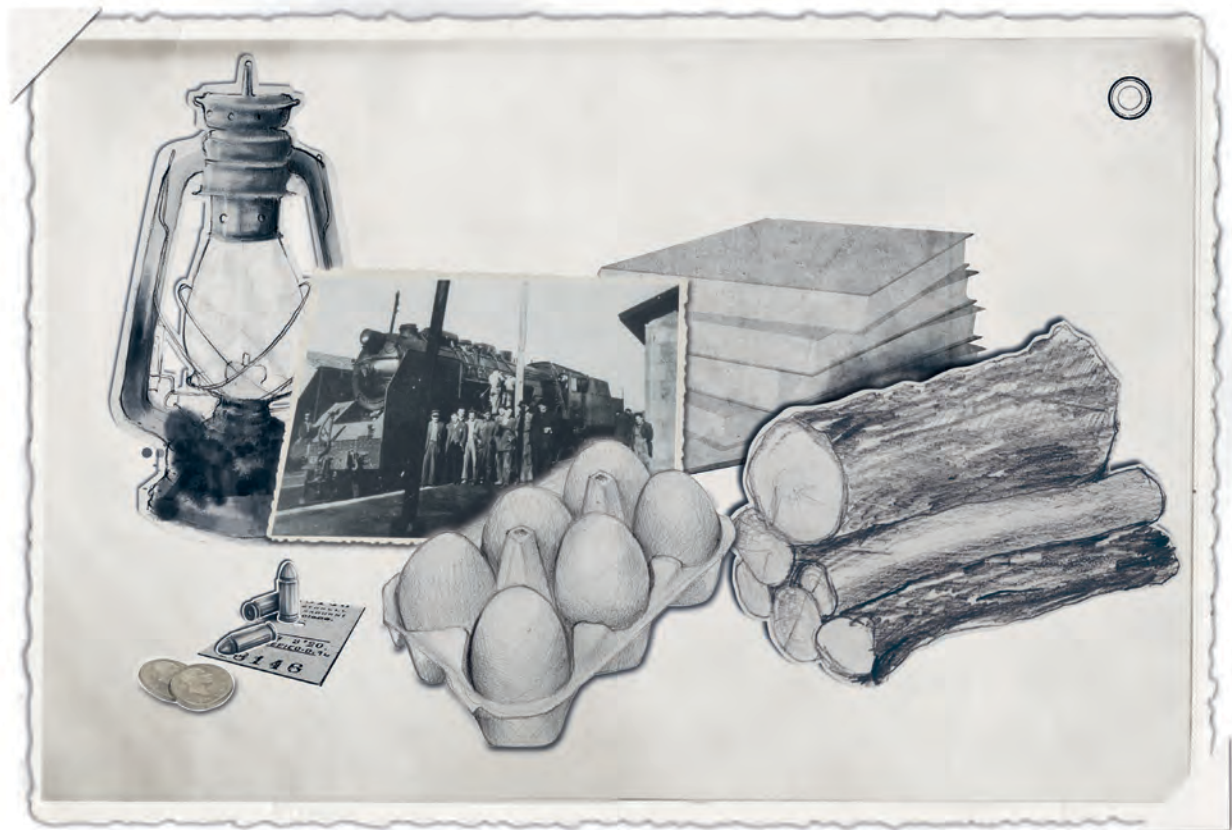
Sea como sea, en seguida vi un hostel, y a él me dirigí para alojarme. Dejé mi equipaje en la habitación y al poco bajé a recepción a rellenar la ficha. Entonces le pregunté al recepcionista a qué distancia estaba el centro. Ante mi sorpresa, me respondió: “Pero si estamos en el centro”. Me quedé un poco extrañado, y repliqué: “¿Pero estamos en el centro de Jaca?”. “No hombre”, me respondió, “¡Jaca queda a dieciocho kilómetros!”.

Total, que finalmente, tras explicarle al recepcionista la confusión y ofrecerle pagarle la habitación, a lo que me respondió que no me preocupara, me acerqué de nuevo a la estación y me cogí un autobús hasta, esta vez sí, Jaca.

Recordando todo aquello, no puedo evitar acordarme también de la pobre mochilera inglesa, que aún debe estar dando vueltas por aquel pueblo, pensando, por mi culpa, que se encuentra en Jaca...

“El que tiene boca se equivoca”

Refrán de uso común. Indica que cualquiera puede cometer una equivocación, y por tanto se suele pronunciar a modo de disculpa. De significado muy similar hay varios refranes, hoy día en desuso: “el mejor escribano echa un borrón” o “no hay caballo que no tropiece” son dos ejemplos.



“Eramos pocos y parió la abuela”
El paso a nivel



“Año de nieves, año de bienes”
La aventura de nacer

“El perro es el mejor amigo del hombre”

Fritzi

Una anécdota de Waltraud Pitzenbauer Plank (67 años)
Centro de Día San Lorenzo de El Escorial



Waltraud Pitzenbauer Plank (C. M. San Lorenzo de El Escorial) nació en Alemania y creció en Regensburg (Ratisbona), donde hizo sus estudios y empezó a trabajar. Tras residir en Londres, París y Ginebra, conoció en Munich al que sería su marido, el compositor español, Premio Nacional de Música, Ángel Arteaga. Tras recibir su marido este premio, se trasladaron a Madrid. Waltraud tiene cuatro hijos, ha trabajado como traductora, profesora de alemán y naturópata. Además, la escritura es una de sus pasiones; ha publicado varios libros para niños y ha recibido diversos premios.

Mi hijo Stefan, un niño pequeño entonces, podría haber sido hijo del gran naturalista y premio Nobel austriaco Konrad Lorenz, pues le gustaban los animales tanto como a él.

En esos años vivíamos en un chalet a las afueras de Madrid, donde los campos todavía no habían sido invadidos por urbanizaciones. Teníamos la naturaleza a dos pasos y mi hijo Stefan aprovechaba todas las tardes dando garbeos con su bicicleta por el campo, y encontrando todo tipo de bichos: una paloma blanca en una ocasión, una serpiente en otra...

Y otro día, trajo una perra joven, detrás del sillín de su bicicleta. La había encontrado vagabundeando entre matorrales. Era una perra de color canela y mezcla con pastor alemán. Gracias a su carácter tan apacible y dulce mirada –era incapaz de matar una mosca-, nos encariñamos inmediatamente.

Toda la familia estábamos de acuerdo en llamarla Fritzi, que en alemán significa “pequeña

Federica”. Desde el primer momento, la perra se consideró el quinto hijo de nuestra familia. Siempre estaba allí donde los niños corrían. El único que no estaba contento con la nueva inquilina era mi marido. La consideraba inútil, y una boca más que alimentar.

Hubo un día en el que mis hijos me acompañaron a la tiendecita. Era el único sitio en nuestro barrio donde se podía comprar alimentos, al lado un pequeño bar. Naturalmente, Fritzi siguió como siempre nuestros pasos. Entramos en la tienda y Fritzi, muy educadamente, esperó fuera tumbándose en el suelo. Al terminar con nuestra compra, tomamos algo en el bar y después decidimos salir por la puerta trasera para dar un paseo por el campo. Nadie se acordó de la perra.

Llegó la noche y mi hijo Stefan comentó la falta de Fritzi. Nos extrañamos, nunca solía ausentarse tanto. “¿Puede que todavía esté sentada delante de la tienda?”, dije. “¡Qué tonterías dices!”, contestó mi marido, “no es tan tonta”.

Quise comprobarlo y me acerqué a la tienda. Ya era de noche. Me parecía increíble, pero allí estaba el pobre animal, tumbado delante de la tienda con la mirada fija en la puerta. Seguramente tendría tortícolis en el cuello, después de cinco horas mirando. Al verme, saltó con toda su alegría. No dejó de ladrar, como diciendo: “No entiendo nada, siempre habéis salido por la misma puerta por la que habíais entrado, ¿qué pasó esta vez?”.

Cuando Fritzi estaba en celo, tenía muchos pretendientes, con la mala suerte de que las pasiones nunca llegaban a consumarse por culpa de la verja de hierro, con sus peligrosos picos, que rodeaba nuestra casa. Y hubo una noche que un terrible llanto nos despertó a todos. Mi marido se levantó. Cruzó el patio y vió un enorme perro de raza San Bernardo que estaba clavado con las patas delanteras en los picos de hierro, como una res en el matadero. A mi marido le costó mucho esfuerzo levantar a ese enorme cuerpo. Finalmente, le liberó y en unos segundos el perro salió disparado en la oscuridad para no volver jamás.

De esta manera, Fritzi se quedó sin los cortejos de su amado y comenzó con un extraño

comportamiento: sus pezones empezaron a soltar leche y creímos que estaba embarazada. Consultamos al veterinario y éste nos confirmó que no era un embarazo verdadero, sino psicológico. ¡Pobre Fritzi! Su deseo candente de ser madre nunca se cumplió...

Uno de aquellos días mi marido, que estaba harto de tantos perros que rondaban nuestra casa por culpa del celo de Fritzi, acordó con un agricultor de un pueblo cercano regalársela. Los niños quedaron muy tristes. La echaban de menos, y mi marido se arrepintió al momento de haberla regalado.

Pero sólo veinticuatro horas después, oímos unos golpes muy fuertes en la puerta de la entrada. Abrimos nos quedamos sorprendidos. Era Fritzi, tras recorrer cinco kilómetros, apareció en la puerta, saludándonos con una inmensa alegría. Nos emocionamos tanto, que Fritzi se quedó en nuestra casa, viendo crecer a mis hijos, hasta que murió.

La causa de su muerte fue un cáncer de matriz. No perdonó el no haber sido madre.

“El perro es el mejor amigo del hombre”

Se trata de una célebre frase que fue pronunciada por el abogado estadounidense George Graham Vest dentro de un alegato judicial que le haría famoso. En 1870, Vest representaba a un cliente cuyo perro, Old Drum, había sido asesinado por un vecino. Su cliente solicitaba una modesta indemnización. El asunto llegó a los tribunales de un pueblo de Missouri, donde Vest pronunció un emocionante alegato en el que defendió la idea de que frente a lo volátil de carácter humano, un perro es el “único, absoluto y mejor amigo que tiene el hombre en este mundo egoísta”. El jurado se sintió tan conmovido, que condenó al granjero a pagar una multa muy superior a la que se le estaba reclamando. El asunto se hizo célebre, hasta el punto que frente a los juzgados se erigió una estatua en honor a Old Drum, el perro asesinado.

“El que avisa no es traidor”

Fuego en el Claridge

Una anécdota de Antonio Mora (81 años)
Residencia de Mayores de Arganda del Rey



Antonio Mora Jiménez (R. M. Arganda del Rey) nació en Yepes, Toledo, y se crió en Candelera, provincia de Ávila. Emigró a Alemania para trabajar, y residió cerca de Dusseldorf unos dos años. Posteriormente regresó a España, a Madrid, para trabajar en el hotel Claridge como mozo de equipajes o maletero, un puesto en el que a parte del salario “se ganaban muchas propinas”. En 1997 se jubiló, tras treinta años trabajando el Claridge.

Como el mejor de los toreros, hace ya años tuve mi tarde de gloria y no precisamente en la plaza...

Ocurrió en el Claridge, un hotel entonces de tres estrellas (ahora tiene cuatro), que está situado en la plaza de Conde de Casal, en un edificio de quince plantas. Yo trabajaba allí desde la misma apertura, en el año 1967, cuando lo inauguró Manuel Fraga Iribarne. La anécdota a la que quiero referirme ocurrió unos ocho o diez años después de la inauguración del hotel.

El trabajo que desempeñaba, mozo de equipajes, me gustaba; lo hacía bastante bien y era muy responsable. Por eso hacía tiempo que venía quejándome, ya que en el rellano de la escalera de servicio de la tercera planta se dejaba siempre una cama supletoria, que se utilizaba de cuando en cuando, cuando llegaba algún matrimonio con niños y se alojaban en una habitación doble.

La cama estaba entre la escalera y el montacargas. Yo consideraba que aquel no era el sitio apropiado para dejarla, porque si había cualquier emergencia estorbaba para desalojar el hotel. Así lo había hecho constar repetidas veces al director. Pero claro, no era lo mismo que lo dijera una gobernanta, que un mozo de equipajes. Vamos, que ni caso: la cama seguía allí.

Un día acababa yo de subir un equipaje a la planta cuarta o quinta, y empecé a notar olor a quemado. Bajé hacia la tercera planta y vi que salía humo de la escalera: era el colchón de la famosa cama, que se estaba quemando. Había unas llamas tremendas: no sé de qué material estaba hecho el colchón, pero ardía como la pólvora. Nunca se supo qué provocó el incendio. Yo me imagino que quizás alguien pudo tirar una colilla de cigarro mal apagada. Sea como sea, la cama se estaba quemando.

Bajé rápidamente recepción a pedir ayuda. Avisé al recepcionista, y ésta a su vez avisó al jefe de la cafetería. Subimos los tres por la escalera, ya que habiendo fuego no se debe coger el ascensor, hasta la tercera planta. Allí nos organizamos: uno llenaba un cubo de agua, otro lo llevaba y el tercero lo echaba sobre el fuego. Así logramos sofocar el incendio.

Luego bajé corriendo y salí a la calle, donde estaban todos los clientes del hotel y el resto del personal, pues el edificio había sido desalojado completamente. Recuerdo que la mayor parte de los clientes eran alemanes y yo, que sabía un poco de alemán, les dije que todo había terminado. Y para mi sorpresa, empezaron a aplaudir; nos hicieron un paseí-

llo aclamándonos, entre vítores y ovaciones. Pronto llegaron los bomberos, pero ni siquiera llegaron a subir a la tercera planta, pues allí no quedaban más que cenizas. Y esa fue mi faena: no hubo ni orejas ni rabo, pero dio igual. El mejor premio fue que todo quedó en un susto.

Por cierto, que a partir de ese día conseguí por fin lo que venía reclamando durante años: que los rellanos de la escalera de servicio quedaran libres de trastos, para siempre.

Aunque me jubilé hace tiempo, todavía, si paso por el hotel, me encuentro con algún empleado de mi época y me recuerdan aquella anécdota.

“El que avisa no es traidor”

Refrán de uso muy común, de origen popular y de transmisión oral, incide en la idea de que si no se sigue una determinada regla o enseñanza, el destinatario de la frase deberá atenerse a las consecuencias.

“Ya creo que todo lo he dicho”

Gloria

Una anécdota de Rosario Rubio Martínez (73 años)
Centro de Mayores Puente de Toledo



Rosario Rubio Martínez (C. M. Puente de Toledo) nació en el barrio de Embajadores. Trabajó algún tiempo en la fábrica de Loewe. Quedó viuda con 29 años, cuando su hija tenía tres años. A partir de ahí se empleó en trabajos variados, hasta empezar a trabajar, como sabemos, de asistente de la escritora Gloria Fuertes a finales de los años 80.

Con cuarenta y dos años, entré a trabajar de asistente de la escritora Gloria Fuertes.

Mi prima trabajaba cuidando a la hermana de Gloria, que era ciega. Gloria tenía entonces como asistente a una sobrina, pero no se llevaban bien. Así que me ofrecieron probar a mí, que estaba viuda y en ese momento no tenía trabajo. Estuve más de once años con ella, y guardo muchísimas anécdotas de aquellos años. Habría tanto que contar...

Nunca me acostumbré a tutearla, siempre la llamaba de usted, pese a que llegamos a tener mucha confianza después de tantos años. En muchas ocasiones, ella se comportaba como una niña. Cuando íbamos al médico, por ejemplo, era muy divertido: mentía todo el rato. El médico le preguntaba la edad, y ella respondía: “Setenta y ocho”. Por detrás estaba yo haciéndole señas al médico: “Tiene cuatro años más”.

Y luego el médico, le decía: “Gloria, ¿usted ya no bebe, verdad?”. Y ella: “No, no, por supuesto”. Y yo por detrás, diciéndole al médico que vaya que si bebía. Y luego: “Y usted

tampoco fuma ya, ¿verdad?”. Y ella: “No, no, no”. Yo seguía con mis señas al médico sin que ella me viera.

Disfrutó mucho de la vida. Bastaba con que le prohibieran algo, para que lo hiciera. “Charo, ponme un dedito de whiskey”, me decía. Yo se lo ponía, y cuando se lo llevaba, me decía: “Pero Charo, ¿es que no sabes poner un whiskey? Te he pedido un dedito. Un dedito así”, y ponía el dedo en vertical.

También era caprichosa. Como asistente, le hacía todo tipo de recados. De repente, estaba en casa y me llamaba: “Charo, me he quedado sin tabaco”, y eso que yo vivía en otra zona de Madrid. O todas las mañanas, le tenía que llevar los churritos que a ella le gustaban, de la glorieta de Embajadores. Le encantaban. Lo mismo que los callos, las criadillas... todo eso le privaba, era muy castiza, muy de Lavapiés. Yo también soy del barrio, pero nunca me han gustado esas cosas.

Cuando se ponía a escribir, la casa era un auténtico caos. “Qué desorden, Gloria”, le decía. Y ella respondía: “Es un desorden perfec-

tamente organizado”. Y de alguna forma era verdad, porque de repente necesitaba algo, se ponía a rebuscar entre un montón de papeles, y daba con el recorte de periódico que buscaba, o el trozo de papel donde había escrito algo que de pronto necesitaba. Lo localizaba en seguida entre aquel caos.

Trabajando con ella, conocí a muchísima gente importante, y viajamos juntas muchas veces. Si se podía, siempre en tren: Gloria odiaba los aviones. En una ocasión fuimos a Málaga a un recital: el vagón de fumadores, por supuesto. Al llegar, nos recogió una limusina, y nos llevó al mejor hotel de la zona. Sólo con un recital, ganaba muchísimo dinero.

Gloria vivía en un piso en Alberto Alcocer que fue de su compañera americana, fallecida unos años antes. Pero para todo lo que han generado sus obras, podría haber vivido muchísimo mejor. Vivió casi pobre, y murió rica. Y lo cierto es que, pese a toda la gente que la rodeaba siempre, en el fondo estaba muy sola. Muchos días, cuando terminaba mi horario y me iba para casa, me decía: “Charo,

¿echamos una partidita de cartas?”, y yo me quedaba con ella.

Los últimos años, con el cáncer, fueron horribles. Yo le daba la quimioterapia, según las órdenes del médico. Ella no quería, y lo pagaba conmigo. Murió en el hospital de La Princesa. La llevé después de consultar con la familia. Ella no quería ir, y se enfadó muchísimo.

Hace ya dieciséis años desde que murió. Cada año, un grupito de gente que trabajamos con ella y la conocimos, nos juntamos y le hacemos un pequeño homenaje. Escribió mucho: además de literatura infantil, cuentos, novelas, teatro, y muchísima poesía. En su casa, había un armario entero lleno de poemas inéditos. ¿Qué ha sido de eso? Eso me pregunto yo.

Cuando murió, hubo cierta gente que pensó que a mí me había dejado mucho dinero en herencia. No es cierto. Ella me apreciaba, pero no me dejó absolutamente nada. Y me parece bien: era su dinero. La mayor parte se lo dejó al Tío Alberto, para la Ciudad de los Muchachos

“Ya creo que todo lo he dicho”

Aunque en este caso no se trate de un refrán, se ha elegido esta frase, que por deseo de Gloria Fuertes quedó grabada en su lápida. El texto completo es: “Gloria Fuertes, poeta de guardia. 1917-1998. Ya creo que todo lo he dicho, y que todo lo amé. G. F.”. Gloria Fuertes está enterrada en el cementerio de La Paz, en Alcobendas.

“Año de nieves, año de bienes”

La aventura de nacer

Una anécdota de Jesús de la Fuente Soria (77 años)
Centro de Día Villaverde Alto



Jesús de la Fuente Soria (C. M. Villaverde Alto) nació en Cabreriza, aldea de Berlanga, en la provincia de Soria. Durante su vida laboral trabajó como tratante de ganado, aunque se ha desempeñado muchos otros oficios. Igualmente, ha vivido en diversas zonas de España antes de recalar en Madrid: “Cada uno será lo que quiera y no importa su vida anterior”, es un dicho que le gusta citar. Tiene dos hijas.

Aunque mi vida ha sido muy ajetreada y llena de peripecias, sólo dedico aquí atención a mi primera aventura, que fue la de nacer.

Prescindo de fechas. Que nadie me pregunte por mi edad, no la quiero precisar. La fecha de nacimiento que me atribuyó insistentemente mi madre, que es quien de verdad la sabía, no coincide en absoluto con mi partida de nacimiento, ni con la de bautismo. Soy más viejo.

Mis padres vivían en un pueblo del norte de Castilla La Nueva. Mi madre era originaria de un pueblo del sur de Castilla La Vieja. Sistema Central por medio, separaban ambas localidades nueve leguas más bien largas por caminos de herradura.

Se aproxima la fecha de mi nacimiento. Según contaba mi madre, faltaban ocho o diez días. A ella sólo le daba seguridad para ese trance la humilde casa de sus padres, con su madre de partera.

Es crudo invierno: 18 de diciembre. Nevada de 22 centímetros de media. Tiempo de rachas de viento y cellisca. Único medio de locomoción, un renqueante coche de la línea de Sigüenza al Burgo de Osma, de 30 plazas cubiertas y 10 o 12 en la baca. En los altos de Barcones, los pasajeros tienen que apearse para retirar la nieve con palas, para que el vehículo pueda proseguir la marcha.

Mis padres se bajaron en la parada situada a 1.500 metros de Riba de Escalote. Falta legua y media para el destino, y hay que hacer el camino andando. La carta que habían mandado para anunciar que se iban a poner en camino aquel día, aunque echada con tiempo, llegó a mis abuelos cinco días más tarde, en tiempos en que no había otro medio de comunicación a parte del correo. No hubo nadie pues esperándolos, si quiera con alguna caballería.

Es media tarde y el mal temporal arrecia. La decisión es tomar el camino de herradura.

ra y proseguir superando la nieve, andando. Hubo necesidad de parar; a mi madre, agotada y arrecida de frío, se le hacía imposible caminar. El único recurso era colocarse al abrigo de una chaparra, encender una pequeña hoguera para que mi madre se reanimara, al tiempo que el humo sirviera de aviso a caminantes. Y que sea lo que Dios quiera.

¡Fue el humo! Alguien a caballo de una mula, de uno de los pueblos cercanos, que había ido a la botica a por algún medicamento —pues sólo había botica en algunos pueblos—. Desorientado y perdido, se acercó al humo en busca de orientación.

Cedió, por pura compasión, a mi madre su cabalgadura para llevarla a sus padres, mis abuelos. ¡Un buen hombre! Mi madre, reanimada con la estancia entre los suyos y algún buen caldo de gallina, con los que se cuidaba a las parturientas, dio a luz sin problemas. A los ocho días ya estaba de vuelta al territorio de origen de esta aventura, con su niño en brazos.

No pasó nada malo. Hace mucho que sucedió... y yo hoy tengo muchos años.

“Año de nieves, año de bienes”

Uno de los muchos refranes catellanos relacionados con la climatología, y también con la práctica de la agricultura. Según recoge el Instituto Cervantes en su análisis de este dicho popular, “el año con mucha nieve es favorable para las buenas cosechas, porque, gracias a la nieve, la tierra labrada se mantiene húmeda y esponjosa para que los cereales crezcan debidamente. Por otra parte, la nieve nutre las corrientes de agua”.

“Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente”

La cornada

Una anécdota de Agustina Suárez Matamoros (83 años)
Residencia de Mayores de Arganda del Rey



Agustina Suárez Matamoros (R. M. Arganda del Rey) nació en 1931 en Montemolí, provincia de Badajoz. Tras emigrar a la provincia de Madrid, trabajó en el campo en Vaciamadrid y a partir de ahí se estableció en Arganda del Rey.

No soy pájaro ni tengo alas, pero un día conseguí volar, y no fue en sueños. Esto pasó hace muchos años, en Arganda. Estábamos en fiestas y eran los encierros. Antes de que comenzaran yo, que soy por naturaleza despistada, iba tan ricamente paseando sin darme cuenta que lo estaba haciendo dentro del recorrido del encierro.

Los cabestros estaban ya sueltos, pero yo iba tan ensimismada que ni escuché ni sentí nada raro hasta que fue demasiado tarde: de repente, sentí que algo rozaba mis partes nobles: ‘¿Quién será el osado?’, me pregunté.

Me giré y vi la cabeza de un enorme cabestro, mirándome fijamente mientras bufaba.

Me quedé helada y con cara de súplica. De nada sirvió. Me embistió de tal manera que me hizo volar por los aires. Fui a aterrizar encima de un tractor al otro lado del vallado. Afortunadamente salí ilesa, aunque impregnada en mocos y babas del animalito.

Ese día aprendí que no se puede ir por la vida tan despistada, aunque lo mío no tiene remedio. Los encierros no quiero verlos ni de lejos. Y si he vuelto a volar, ha sido en sueños.

“Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente”

La propia Agustina eligió este refrán como moraleja de su anécdota; suele usarse para indicar que la pereza o el despiste pueden acarrear graves consecuencias. Un camarón es un pequeño crustáceo similar a la gamba, de color pardo.

“Cada sendero tiene su atolladero”

Una extraña mentira

Una anécdota de Magdalena García Ramos
Residencia de Mayores de Parla



Magdalena García (R. M. Parla) ha vivido casi toda su vida en Madrid, donde trabajó de modista, en la citada tienda Modas Nines. Después de casarse, se mudó con su marido a Alcorcón, y después a La Elipa. Tras nacer sus dos primeros hijos, la familia se mudó a Leganés. Magdalena tiene cuatro hijos.

Decidimos casarnos cuando José Luis volvió de la mili. Llevábamos tiempo de relaciones: siete años de novios. Corría el año 1961. Pedimos fecha en la iglesia, y organizamos la boda. Pero con todo preparado, nos dijeron que no nos podíamos casar.

La Iglesia no reconocía el matrimonio de mis suegros, que había sido una ceremonia civil en tiempo de guerra. Se negaban a casarnos si antes no pasaban ellos por el altar. Fui muchas veces a hablar con el cura, pero no había manera. Mi suegro, por su parte, dijo que no se casaba: de cosas de iglesia no quería saber nada.

Con la fecha ya muy cerca, tuve que decir que, casada o no, yo iba a juntarme con mi novio porque estaba embarazada. Era mentira, pero no nos dejaban más opción. Mi marido se casó como hijo de madre soltera. Y yo claro, aún llevando siete años con mi novio, que no es poco, y llegando los dos al altar tal y como habíamos venido al mundo, llevaba la deshonra de casarme en estado, lo que entonces era importante.

Así eran las cosas antes. Nos casamos en la calle Huesca, en el barrio de Tetuán, el día 22 de diciembre de 1961, el día de la lotería. En la calle nevaba muy fuerte.

“Cada sendero tiene su atolladero”

Un refrán no demasiado conocido que indica que para lograr cualquier cosa en la vida hay que enfrentarse a dificultades que habrá que superar con esfuerzo.

“No estaba muerto, ni estaba de parranda”

La historia de ‘el Curilla’

Una anécdota de María del Carmen Peinado Gómez (72 años)
Centro de Mayores de Villaverde Alto



María del Carmen Peinado Gómez (C. M. Villaverde Alto) nació en Fuente el Fresno, provincia de Ciudad Real. Vivió en su pueblo natal hasta casarse, a los 26 años, y establecerse en Villaverde. Tiene cuatro hijos y su gran pasión es la poesía. Ha publicado dos libros de poemas: *Como la vida misma* y *Directo al corazón*.

Esta historia no es ficticia: es real como la vida misma. Sucedió en mi pueblo, Fuente el Fresno, provincia de Ciudad Real.

Este pueblo es totalmente rural. No hay industria, por lo que, como tantos otros pueblos, sus habitantes han tenido que salir fuera para buscarse la vida. Por entonces, cuando ocurrieron estos hechos, salían cada madrugada de lunes a viernes varios autocares llenos de trabajadores que se dirigían Madrid, a emplearse en la construcción. Por la tarde regresaban, dormían unas horas, y vuelta al autocar.

El protagonista de esta anécdota es Paquito. *El Curilla*, así le llaman, desde que era muy pequeño, por estar pegado siempre al párroco del pueblo. Al otro protagonista de esta historia, o sea, al muerto real, no le conocí. Al vivo sí: su abuelo paterno era primo hermano de mi padre, y teníamos buena relación.

Paquito quedó huérfano de madre siendo aún un bebé, junto a su hermana, un poco mayor. En el amor tampoco fue muy afortunado. Sí se casó, y tuvo cuatro hijos, niños y niñas. La esposa no era de Fuente el Fresno. De dónde, no lo sé. Lo que sí sé es que se las piró y nunca se supo de ella.

Así que Paquito *el curilla* después de aquello se volvió a enamorar. Y se volvió a equivocarse. No sólo le fue infiel su novia Patricia, que así se llamaba, si no que un buen día se fugó con el coche de Paquito. No puedo explicar por qué él no denunció el robo. Pero sí conozco las consecuencias.

El caso es que mientras *el curilla* iba camino a su trabajo en Madrid, el amante de Patricia conducía el coche de Paquito, con tan mala suerte que tuvo un accidente mortal. Aquí empieza la dramática confusión. La Guardia Civil llega al lugar del siniestro, da parte del fallecimiento, consulta la matrícula y otros

datos. Todo acredita que el fallecido es Paquito, *el Curilla*.

La Guardia Civil va a dar la mala noticia a la casa de *el Curilla* y se encuentran a los niños, asustados por aquella visita de extraños a horas tan tempranas. Los niños llevan a los guardias a casa de las tías paternas. Los gritos de dolor, al saber la trágica noticia, ponen en movimiento a todo el vecindario. La familia se reúne, y acompañados por la Guardia Civil, se marchan hasta Ocaña, donde estaba el cadáver.

Todo el día pasan padre, hermana, tías, tíos y demás familiares desechos en lágrimas, esperando el momento en que les llamaran para reconocer el cadáver. En el pueblo, la compañía de enterramientos ya tenía abierta la tumba en donde reposaban los restos mortales de la madre de *el Curilla*, fallecida en 1963, en espera del cadáver, para que madre e hijo descansaran eternamente juntos.

Y, mientras, el muerto equivocado volvía de su trabajo, ajeno a este embrollo. Frente a su

casa, prendida al tronco de un árbol, vio una esquela mortuoria. Paquito se acerca, y queda atónito: “¿Qué? ¡No! Pero yo...”.

Salen las vecinas y quedan sin palabras. No saben si abrazarle o huir. Unas le piden explicaciones, sin salir de su asombro. Otras, atropelladamente, le cuentan lo que saben: cómo desde la mañana su familia y amistades le están llorando, creyéndole muerto.

Un vecino lleva a Paquito con su coche a Ocaña. Después del susto, quedaba la intriga de saber a quién le estaban haciendo el duelo. Mientras, la familia, no salía de su asombro en el tanatorio: “¡No, no, no es él!”, “¡Está muy negro, y ha encogido!”. Por fin entra en la sala *el Curilla*. “¡No! ¡Sí!” Al verle, las lágrimas se mezclan con los gritos de asombro: “¡Es él! ¡Es él!”.

Así pasó, y así lo cuento. Esto se puede comprobar: el propio protagonista, *el Curilla*, fue a contarlo en Antena Tres, en un programa de la mañana presentado por Alicia Senovilla.

“No estaba muerto, ni estaba de parranda”

Una variación humorística, elegida por la autora de la anécdota para titular su historia, a partir de la célebre frase original: “no estaba muerto, estaba de parranda”. Aunque fue el cantante catalán Peret el que hizo famosa esta frase en España, el estribillo fue escrito en la década de los 60 por Guillermo González Arenas, compositor y arreglista colombiano, quien al parecer se basó en un suceso real ocurrido en Antioquía, Colombia. La canción de González Arenas, titulada El muerto vivo, se hizo popular y fue versionada en años posteriores por diversos artistas, entre ellos Peret, cuya adaptación es sin duda la más conocida.

“El pasado siempre vuelve”

La primera comunión

Una anécdota de Victoriano Gil Rodríguez (70 años)
Centro de Mayores de Aluche



Prácticamente son mis primeros recuerdos de mi niñez, y los tengo grabados a sangre y fuego: el día de mi primera comunión.

Vivíamos en la calle Hilarión Eslava 43. Mi padre era militar. Después de la guerra, le había destinado a Tetuán, entonces colonia española y hoy parte de Marruecos, en el norte de África. Mi madre se fue con él, aunque al quedar embarazada de mí, se vino a su pueblo, Domingo Pérez, en Toledo, donde yo nací, quedando mi padre en Tetuán.

De África no tengo recuerdos, pues pronto volvimos a Madrid. Cuando yo hice mi primera comunión, con unos siete años, mi madre estaba ingresada en el hospital, porque había dado a luz a mi hermana pocos antes.

Yo iba al colegio del Santo Niño del Remedio. La directora, doña Amparo, tenía un hijo con una minusvalía. Tenía a su hijo bajo el

Victoriano Gil Rodríguez (C. M. Aluche) nació en Domingo Pérez, provincia de Toledo, a donde se trasladó su madre desde Tetuán para dar a luz. Sus padres se trasladaron, cuando Victoriano contaba tres años, a Madrid, donde ha residido toda su vida. Poco después de hacer su primera comunión, la familia se mudó a la zona de Campamento. Cuando se casó, se instaló con su mujer en Aluche. Su carrera laboral la desarrolló en el hospital militar Gómez Ulla, como “escribiente, que era como secretario de planta, haciendo informes médicos”. Este trabajo lo compaginó con otro: mecánico de electrodomésticos. Tienes tres hijos.

“manto protector” del Santo Niño, del que era muy fanática. Le dijo a mi padre que yo debía hacer la comunión vestido de marinero, a lo que mi padre le respondió que no tenía dinero para el traje. Ella se ofreció a comprarlo.

Hice la primera comunión en una capilla del Santo Niño del Remedio. Después de la ceremonia fuimos a ver a mi madre. Estaba ingresada en un hospital, cerca de la calle Goya. Recuerdo que me quedé perplejo al ver cómo daba de mamar a mi hermanita. Mi padre, que era un cachondo mental, me dijo: “Tranquilo, que cuando acabe tu hermana vas tú”. Cuando acabó, me acerqué, muy confuso, hacia la cama. Entonces mi padre me cogió del cuello y me dijo un disparate que no voy a reproducir.

Después del hospital fuimos a una feria cerca de Moncloa. Había una noria enorme, en la

que montamos mi padre y yo. Yo siempre me he mareado muy fácil, y recuerdo que lo pasé fatal, fue un martirio. Al terminar, mi padre bajó pero yo por algún motivo me quedé en la cabina. Subieron cinco soldados, ya para el siguiente viaje. Me puse a llorar al encontrarme de pronto allí sólo con ellos, y me acuerdo que uno de ellos me dijo: “No había visto ningún chaval al que le vayan a dar una vuelta gratis y se eche a llorar”.

Finalmente, volvimos a casa, cenamos y nos fuimos a dormir. Yo me puse muy malo: dando vueltas en la cama, veía cómo caía en un pozo oscuro, sin fondo, y me puse a gritar. Tenía mucha fiebre, así que mi padre llamó al médico militar, y durante toda la noche me estuvieron poniendo inyecciones de penicilina.

Posiblemente, lo que me pasaba era sicosomático: yo creía que estaba a punto de mo-

rirme porque en la comunión había tocado la ostia con un diente, y según pensaba eso era un gran sacrilegio. Por eso me veía cayendo en un pozo que no tenía fin. Y este es el primer recuerdo que tengo de mis años mozos... Son como piezas de puzle que he ido encajando, pero lo recuerdo como si fuese hoy día.

Hace unos cinco años, encontré aquel vestido, totalmente amarillo, por casa, y me causó un gran impacto. Poco antes, hará unos ocho años, paseando por la zona de Ópera, había pasado por delante de un pequeño oratorio y me había fijado, sorprendido, en el letrero: el Santo Niño del Remedio. Está en la calle de las Fuentes. Cuando entré, recuperé todas las imágenes de la ceremonia. Aunque tenía el recuerdo de aquel día, no había vuelto a ir a aquel oratorio, al que desde entonces suelo acercarme cada año a comprarles un calendario.

“El pasado siempre vuelve”

Uno de los muchos refranes que existen en castellano sobre la influencia del pasado en el presente, o aún en el futuro. El que nos ocupa tiene el tono de una máxima filosófica e incide en la idea de que lo sucedido en el pasado, de una manera u otra, tendrá influencia en algún momento posterior de la vida de cualquier persona.

“El mundo es un libro, y los que no viajan no leen una sola página”

Las enseñanzas de Kamal

Una anécdota de Kamalakanta Das Das (78 años)
Centro de Mayores de Vallecas



Kamalakanta Das Das (C. M. Vallecas) nació en India pero como sabemos ha vivido en muchas partes del mundo antes de recalar en Madrid, donde reside actualmente. Es un hombre afable y hablador, de espíritu inquieto, para quien el viaje y el conocimiento son dos de los valores más apreciables.

Yo nací en la India, en el estado de Puri Orissa. Mi padre era alcalde, y era alcohólico. No me gusta recordar mi vida en India. Desde muy joven he vivido en el extranjero: he vivido en muchos países y he trabajado de muchas cosas. Aunque mi padre quería que fuera médico o biólogo, finalmente estudié antropología en la universidad de Harvard (Boston, Estados Unidos) gracias a becas de estudio.

Como antropólogo, nunca he creído en ninguna religión, pese a ser indio, que es un país muy religioso y con muchas religiones distintas. Para mí, la religión no existe. Soy agnóstico: yo dudo, no sé si hay algo o no.

Trabajé mucho tiempo como guía e intérprete para la famosa empresa americana American International Academy. Gracias a esto, pude vivir en Londres, Zurich, Munich, Viena, Lisboa o Barcelona. Hablo hindi, inglés,

alemán y español, y me defiendo en francés, italiano y portugués. Después de tener un ictus, vine a vivir a Madrid para tener una vida más tranquila, como profesor particular de alemán e inglés.

Entre mis recuerdos, tienen un lugar especial las estrellas de cine que he podido ver en persona, en los teatros de Londres: Marlene Dietrich, Alec Guinness, Julie Andrews, Albert Finney, Laurence Olivier... Ninguna ciudad puede compararse con Londres en lo que a la cultura se refiere. Paris quizás por sus museos, pero en eso compite más bien con Nueva York. También he tenido la oportunidad de presenciar como espectador varios Juegos Olímpicos: Munich 72, Barcelona 92 y Turín 2006.

De cada sitio he sacado buenas enseñanzas. Cada lugar del mundo tiene su característica especial: puntualidad, los yanquis; diploma-

cia, los ingleses; limpieza, los suizos; metódicos son los alemanes; los austriacos, amantes de la música; los portugueses, sinceros; y los amantes de la buena vida, los españoles. En India, el corazón.

Una de mis frases preferidas, con la que me identifico, es de San Agustín: “El mundo es un libro, y los que no viajan no leen una sola página”.



“El mundo es un libro, y los que no viajan no leen una sola página”

La frase elegida por Kamal para ilustrar su historia es efectivamente una de las sentencias más conocidas del teólogo medieval Agustín de Hipona, San Agustín. Gran filósofo, de intensa vida y gran altura intelectual, en su biografía destacan tanto su sed de conocimiento como su interés por distintos credos y teorías tanto religiosas como filosóficas.

“El que busca, halla”

Las facturas volantes

Una anécdota de Atanasio Santamaría (85 años)
Residencia de Mayores de Parla



Atanasio Santamaría (R. M. Parla) nació en La Matilla, entre Sepúlveda y Pedraza, en la provincia de Segovia: “tierra de buen cordero”, explica él mismo. Mayor de varios hermanos, salió del pueblo joven y desde entonces ha desempeñado diversos oficios, entre ellos comisionista en la venta de muebles.

No sé qué mano me ayudó, pero desde luego recibí alguna ayuda. ¿Cómo? En seguida lo cuento...

Yo trabajaba para una empresa, un almacén de muebles en Torrejón de la Calzada. Trabajaba a comisión: si mucho vendía, mucho cobraba. Pero de lo que vendía, cobrara luego o no, el que respondía del dinero era yo.

Los sábados era el día en que tenía que ir a cobrarlas. Cogía mis facturas, tomaba mi café en Torrejón, y me ponía en marcha. Así hice aquel día. Me fui al primer acreedor; creo que era la empresa Muebles Antonio, que llevaban dos hermanos. Allí cobré la primera de las veintidós facturas que llevaba conmigo.

Yo siempre metía mis facturas en una carterilla amarilla. Volví a mi montar en el coche, y en vez de dejar la carterilla como dios manda, la dejé arriba del asiento del copiloto. Arreé con el coche, y en el puente por la zona del

polígono Cobo Calleja, que entonces eran tierras y parcelas sin construir, al parar en un stop, se cayeron las facturas y se fueron volando, desperdigándose por todas partes.

Estoy hablando de unas veinte mil pesetas en facturas, que en aquel entonces era un sueldo bueno para un trabajador. Si no las recuperaba, no había manera de cobrarlas, y por tanto tendría yo que poner todo el dinero. En un principio dije: “¡Ay, dios mío!” y se me vino el mundo encima, pero luego tuve un momento de lucidez, y me dije: “No perdamos los nervios, veamos qué ha pasado”.

Vi de dónde venía el aire, y deduje en qué dirección se habían tenido que volar las facturas. Así que dejé el coche, me serené, y eché a andar. En seguida encontré una factura, lo cual me animó. Un poco más adelante, otra...

Se habían desperdigado mucho, pero transcurridas unas dos horas, en busca de ellas, las

tenía todas en mi poder. Todas, menos las dos últimas, que además eran las de mayor cuantía. Entonces vi por allí a dos viejecitos, cada con un papel en la mano. “¡Mis facturas, seguro!”.

Me acerqué a ellos y les pregunté qué eran esos papeles. Los viejecitos se los querían llevar a sus nietos, “para que hicieran cuentas”. Les ofrecí darles unos folios limpios a cambio,

y no les mentí, les dije que creía que podían ser unas facturas que, a lo mejor, me hacían falta. “¡Tome usted!”, dijeron.

Una mano me ayudó. Blanca, negra, vieja, joven... no lo sé. Quien tenga fe, dirá que fue la Providencia. Quien no, que fue una casualidad. Aunque recuperar veintidós facturas, y que las últimas aparecieran de esa manera, es una casualidad muy grande...

“El que busca, halla”

Sencillo refrán que destaca la idea de que con esfuerzo se puede lograr el objetivo que se desea alcanzar. Su origen, según recoge en su página web el Instituto Cervantes, con toda probabilidad está en un pasaje bíblico: Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis (San Mateo 7, 7).

“De todo hay en la Viña del Señor”

Los Gueico

Una anécdota de Josefina Juana García (81 años)
Centro de Mayores de Vallecas



Josefina Juana García (C. M. Vallecas) nació en Madrid, en el barrio de Las Peñuelas. Emigró con su familia a La Habana, Cuba, en 1951, donde trabajaba como profesora en un colegio de las Hermanas Salesianas. Después de la llegada al poder de Fidel Castro (1959), viajó con otras hermanas de la orden a Venezuela, y tras su experiencia con los Gueico, a República Dominicana. Aunque residió varios años en este país, hasta 1985 viajó por otros países caribeños como Jamaica, Puerto Rico o Haití. Juana no se considera ni evangelista ni profesora; prefiere definirse como una “cristiana católica que ha procurado vivir según los principios del Catolicismo”.

En el año 1963, viajé con las Hermanas Salesianas, como profesora de Humanidades, a Venezuela. Viajamos desde Cuba, pasando por Estados Unidos. Yo trabajaba en un colegio Salesiano cuando llegó al poder Fidel Castro. Los milicianos invadieron aquel y otros colegios, imponiendo la educación del nuevo régimen. Así que tuvimos que irnos. Fuimos primero a EE UU, y de allí conseguimos el visado a Venezuela.

En Venezuela, fuimos a la zona de las misiones, a orillas del río Orinoco, donde estaban los Gueico, una de las tribus más atrasadas. Nuestro trabajo consistía en tratar de “civilizarles” un poco: enseñarles a hablar un poquito de español, a coser... Estuvimos un año y medio, por lo que no dio tiempo a progresar demasiado.

Recuerdo perfectamente la llegada al poblado: llegamos de noche, en una canoa, por el río. Veíamos salir, de entre los árboles de la

selva, a aquella gente desnuda, en taparrabos, con el cuerpo pintado. Era una tribu que estaba totalmente aislada.

Al día siguiente de la llegada, intenté comunicarme con ellos, lo cual era imposible. Con el tiempo aprendí algunas palabras de su lengua: *moni* significaba “uno”, *boracabo*, “dos”. *Brurka* era “más” o “mucho”. “Niño” se decía *monosi*, y “niña”, *naca*.

Ya habían pasado por allí otros religiosos, y nos trataban bien de manera respetuosa. Eran generosos, dispuesta a darnos lo que quisiéramos: lo primero que pescaran o cazaran, por ejemplo, era para el colegio cristiano, y lo que sobraba lo repartían entre ellos. Pero el choque de culturas era total.

Recuerdo muchas de sus costumbres: dormían en un chinchorro, que era como una hamaca, sobre un “colchón” de hoja de plátano. Los hombres se pasaban el día en

el chinchorro. Sólo iban a cazar y a pescar, mientras las mujeres se encargaban de buscar leña, cortarla y llevarla a donde vivían, y todo ello siempre con algún niño colgando de la espalda.

Lo mismo que cuando iban al río a lavar, siempre con el niño dando tumbos en la espalda. La filosofía de los hombres era: “Lo que puedas hacer mañana, no lo hagas hoy, y lo que pueda hacer otro, no lo hagas tú”. Ellos se emborrachaban con una sustancia llamada *llopo* (hierbas), que convertían en polvo, y luego uno se lo soplabá por la nariz a otro.

Cuando las mujeres Gueico quedaban embarazadas y llegaba el momento del parto, se metían en la selva para parir. Si era niña, las propias madres algunas veces (no siempre) las mataban, argumentando que aquella niña tendría que sufrir y trabajar mucho, pues todo lo hacían ellas.

Otra de sus costumbres tenía que ver con los rituales cuando alguien moría: preparaban

un altar, quemaban el cuerpo, y luego se comían las cenizas. Las mujeres se untaban de aquellas cenizas en la cara, a modo de luto. Todas las pertenencias del difunto, las tiraban al río.

Los Gueico comen armadillo, tortuga, mono... y también gusanos. Hubo un día en que íbamos por un camino hacia otra tribu, y de pronto encontraron un gusano grande y con muchos pelos; querían que me lo comiera. A mí me daba asco, y tuve que fingir que lo comía y luego tirarlo discretamente, porque si no les estaba haciendo un desprecio.

En otra ocasión, mientras estábamos cosiendo, de pronto se pusieron todos de pie, mirando a lo lejos. Al preguntar qué ocurría, me decían que mirara, pero yo no veía nada. Después de un largo rato, apareció una fila de indígenas de otra tribu, que venían a comerciar. No fui capaz de entender cómo pudieron saber, tanto tiempo antes, que aquella gente venía.

“De todo hay en la viña del Señor”

Uno de los muchos refranes que, en castellano, contienen alguna referencia a Dios o a la religión. Éste, uno de los más comunes y utilizados, “se emplea para indicar que, en este mundo, hay personas de cualquier condición y naturaleza”, según la definición del Instituto Cervantes. El dicho se popularizó, al parecer, a partir de unas palabras pronunciadas por el predicador fray Hortensio de Paravicino ante Felipe IV, en el siglo XVII. En tono de parábola, el religioso recitó ante el monarca: “De todo tiene la viña / Sacra y Real majestad / De todo tiene la viña: / Uvas, pámpanos y agraz”.

“Nunca es tarde si la dicha es buena”

Pánico en el autobús

Una anécdota de María Isabel de las Matas Salazar
Residencia de Mayores Doctor González Bueno



María Isabel de las Matas Salazar (R. M. Doctor González Bueno) nació en Madrid, en la calle Conde Duque. Madre de cuatro hijos, ha vivido en Palencia, Murcia o Valencia además de en la capital.

Una tarde de invierno nos fuimos Juana, Antonio y yo, los tres residentes, de compras a Plaza de Castilla. Cuando terminamos las compras, cogimos el bus para regresar a la residencia, un trayecto de diez minutos o un cuarto de hora. Nosotros íbamos sentados, y el bus iba lleno porque había un grupo grande de estudiantes.

De pronto, vimos que éstos empezaron a moverse, a hablar entre sí y a mirar por las ventanillas como inquietos. No se veía nada: ya era de noche. En estas, un señor se levantó y fue a preguntar algo a la conductora. No oímos lo que se dijeron, pero de repente paró el autobús y la conductora dijo en voz alta: ‘El que quiera, se puede apaar aquí y seguir andando’. Y se bajaron todos los estudiantes ante nuestro asombro. El bus reanudó la marcha.

El tiempo pasaba y no llegábamos a la residencia. Lo poco que veíamos del paisaje a través de las ventanillas, nos era desconocido, así

que empezamos a sentirnos entre asombrados y temerosos. Juana y yo mandamos a Antonio a preguntar a la conductora qué estaba pasando, pero ésta le mandó sentarse con voz autoritaria.

-¡Ven, Antonio!-, le decíamos desde nuestro sitio, pero el pobre no se atrevía ni a moverse de dónde estaba sentado. Entonces nos dio por reír y por tomarnos a broma la situación, una vez que comprendimos exactamente lo que ocurría: era el primer servicio de esa línea que hacía aquella conductora, y se había perdido. Por eso estaba tan nerviosa y tan preocupada.

Y así, el bus siguió andando... Llegó hasta Tres Cantos, donde terminó el recorrido. Pero claro, nosotros no nos movimos del asiento. Luego volvió a Plaza de Castilla, donde tuvo que parar de nuevo un rato, hasta que le llegó otra vez su turno de salida. Por fin, nos llevó a la residencia.

Total, que un trayecto que normalmente dura diez o quince minutos, nos llevó más de dos horas: lo cogimos a las 18.50 y llegamos a las 21.10, sanos y salvos, pero muertos de risa. Desde entonces, cuando coincidimos con esa conductora, recordamos aquella peripecia y nos reímos.



“Nunca es tarde si la dicha es buena”

Se trata de una frase hecha de uso muy común cuyo origen es desconocido. Como curiosidad sobre este refrán, cabe señalar que existe cierta discusión a nivel académico sobre su formulación, que si se piensa es claramente redundante (la dicha, por definición, es buena). El catedrático de Sociología de la Complutense Amando de Miguel contribuía a este debate con un artículo publicado en Libertad Digital (Frases hechas, 28/07/2006), en el que señala que tratándose de una frase redundante, la correcta formulación del refrán debería ser “nunca es tarde si la dicha llega”. Sin embargo, aunque “la dicha equivale a buena suerte, la felicidad”, el articulista argumenta que “originalmente alude a la ‘palabra dicha’ por los dioses en el momento de nacer de una criatura, lo que determinaba su destino”. En base a esta acepción, “cabe una cierta ambigüedad en esa ‘palabra dicha’, y por lo tanto “tiene sentido la frase ‘nunca es tarde si la dicha es buena’, porque cabe la posibilidad de que no sea tan buena o incluso que sea aciaga”. Enrevesado, pero curioso, cuando menos.

“A buen sueño, no hay mala cama”

¿Por qué no te levantas, muchacho?

Una anécdota de Julio Lorente Muñoz (72 años)
Residencia de Mayores Colegio La Paz



Julio Lorente Muñoz (R. M. Colegio La Paz) nació en Madrid, en la calle Mesón de Paredes, en 1942. Se crió en el barrio de Malasaña, y a los quince años entró interno en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús, donde permaneció algo más de un año. Al salir entró a trabajar en Toldos Madrid, en la calle del Tesoro, aunque ha tenido muchos oficios, principalmente en construcción y hostelería.

Hacia 1957, vivía con mi madre y mis hermanos en la calle de Las Minas, cerca de la plaza del Dos de Mayo, en Malasaña.

Yo no iba ya al colegio, pasaba el día en la calle, jugando a la pelota. Una pelota que fabricábamos con papel y cuerdas que cogíamos de los plataneros, pues no había para más. Toda mi vida he pedido a los Reyes Magos un balón de fútbol, y no lo he conseguido todavía...

Eran años muy difíciles, en los que “asaltábamos” la furgoneta del panadero intentando hacernos con un cuscurro de pan, para comer ese día. Yo tenía ya unos quince años cuando mi madre decidió llevarme interno al colegio del Sagrado Corazón de Jesús. Básicamente, para ver si allí comía todos los días.

En el colegio, que estaba en la zona de Carabanchel Bajo, estuve como un año y pico. La disciplina era muy dura y muy marcada:

salutación, desayuno, misa... Los frailes eran muy estrictos, y si alguno se la saltaba, se llevaba una buena.

Había chavales, más pequeños que yo, de siete u ocho años, que tenían el cuerpo negro, y era de los moratones. Se meaban en la cama, y era más por miedo que por ganas, porque el fraile era como una roca...

Total, que la primera noche en que llegué al colegio, yo me acosté en la cama que me habían asignado. No había dormido mejor en mi vida, porque nunca había dormido en una cama, con sábanas. Hasta entonces, siempre había dormido en el suelo, con una colchoneta de borra, y cubierto de abrigo.

Ya por la mañana, el fraile vino a despertarnos. Oí unas palmas, pero seguí durmiendo como si nada. Entonces vino el fraile hasta donde yo estaba y me quitó de un golpe la ropa de cama. Yo me levanté corriendo.

Me preguntó que qué me pasaba, cómo es que no me había levantado todavía. Porque en aquel colegio, me explicó, cuando se tocaban las palmas había que estar ya con la cama hecha, de pie y en posición de firmes junto a la cama.

-Padre, se me han pegado las sábanas, como se suele decir- le dije-. Es la primera vez que duermo en una cama... y estaba cansadísimo.



“A buen sueño no, hay mala cama”

Un refrán que maneja la idea de que cuando se tiene una gran necesidad, en este caso de descanso, poco importan las circunstancias en que uno se encuentre mientras esta necesidad se vea satisfecha. De sentido idéntico es el más común “a buen hambre no hay pan duro”, que como hemos visto también casa perfectamente con la anécdota narrada por don Julio.



“De todo hay en la villa del señor”
Los Gueico



“A buen sueño, no hay mala cama”
¿Por qué no te levantas, muchacho?

“Quien tiene vergüenza, ni come ni almuerza”

Primera cita

Una anécdota de Cecilio Madrid Colmenarejo (73 años)
Centro de Mayores de Aranjuez



Cecilio Madrid Colmenarejo (C. M. Aranjuez) nació en Colmenar Viejo, pero siendo pequeño su familia se mudó a Aranjuez al encontrar trabajo en esta localidad su padre, peletero. Trabajó en una tienda de ultramarinos como dependiente, y después se empleó como pintor-decorador, el que ha sido su oficio hasta jubilarse a los 65 años. Después de tres años de novios con Mari Tere, la pareja se casó y tuvo dos hijos. Desgraciadamente, su mujer falleció joven, con 43 años, y Cecilio quedó viudo. Es un hombre activo en varias organizaciones locales, forma parte de la Junta Directiva del centro; escribe habitualmente en la revista local *Reflejos* y coordina un espacio semanal en el programa de radio Mayores en activo, en Onda Aranjuez, entre otras ocupaciones.

A mi mujer la conocí en las fiestas de San Fernando, el patrón de Aranjuez, en el baile. Yo había ido con mis hermanos. De traje y corbata, que es como se iba entonces al baile, nada que ver con cómo es ahora. Esa noche creo que actuó o Miguel Ríos o Raphael, y recuerdo que hacía mucho frío; nos tomamos una copita de coñac.

Yo pasaba por delante de su casa todos los días. Como suele pasar, ella se había fijado en mí antes que yo en ella. Sabía ya bastante de mí en realidad, a través de una amiga que me conocía. Sabía, por ejemplo, que yo había tenido una novia, que luego había resultado ser un poquito fresca y no habíamos llegado a nada...

En nuestra primera cita, quedamos en la esquina de su casa. Como siempre, la mujer se

hace esperar, así que yo para hacer tiempo pasé por un bar que había allí al lado, a tomar una cerveza.

-¡Hombre! ¿Qué haces por aquí, perillán? – me preguntó el señor Fernando, un conocido mío, que estaba en el bar.

-Pues nada, que he quedado con una chiquita muy guapa que vive aquí al lado.

-¿Ah sí? ¿Y cómo se llama?

-Mari Tere.

-A ver si va a ser mi hija, que se llama así... –comentó medio en broma.

-Es demasiado guapa para ser su hija, don Fernando –le respondí yo.

A Fernando, que era amigo de mis padres, lo conocía desde hacía años. Yo trabajaba en una tienda de ultramarinos en la que le hacíamos pedidos al almacén en que trabajaba don Fernando; no creí que Mari Tere, la chica a la que yo esperaba, pudiera ser realmente su hija. Seguimos charlando un rato de otras cosas, hasta que la vi salir del portal.

-Te dejo, Fernando, que ya viene por ahí.

-Ah, pues salgo contigo –dijo él.

Yo me crucé la calle, y Fernando se fue por otro lado, tras despedirse normalmente. El caso es cuando llego hasta ella, lo primero que me dice es:

-¿Qué hablabas tú con mi padre?

Así fue nuestra primera cita. Mari Tere y yo seguimos nuestro noviazgo, y Fernando no me dijo nada, ni el día aquel ni después. Era un hombre tímido, y la situación le daba como

vergüenza. De hecho fui yo el que tuvo que romper el hielo con él, porque yo en cambio nunca he sido vergonzoso.

Cuando ya llevábamos ella y yo juntos unos meses, se casaba una hermana mía, y mis padres me preguntaron si quería invitar a Fernando y a su mujer. “Sí, claro”, dije. Así que fui un domingo a comer con los padres de Mari Tere, para invitarles a la boda. Una comida con los suegros, como se hacía entonces. Su madre le preguntó a ella que qué plato me gustaba, y yo dije “pues la gallina en pepitoria me encanta”.

Fui allí y me pusieron un *plataco*, que me zampé enseguida. Claro, con veinticuatro años que tenía entonces.... Repetí, y luego dije: “Ya no quiero más”. Y me acuerdo que don Fernando me dijo: “Pero hijo, come, no tengas vergüenza”; mi suegra le miró como diciendo: “¿Pero no ves que el chico realmente no puede más?”.

“Quien tiene vergüenza, ni come ni almuerza”

Refrán en desuso cuya enseñanza es que la vergüenza excesiva puede ser una dificultad en la vida, al tiempo que sugiere que la persona decidida tendrá más posibilidades de obtener lo que desea. En la misma línea, el refranero castellano ofrece otras sentencias curiosas, como “a poca barba, poca vergüenza”, que alude a la osadía que se suele atribuir a la juventud.

“A buen entendedor, pocas palabras bastan”

Sorpresa de cumpleaños

Una anécdota de Marina Escudero Rodríguez (67 años)
Centro de Mayores Los Cármenes



Marina Escudero Rodríguez (C. M. Los Cármenes) nació en Velilla (Valladolid), desde donde se trasladó, a los quince años, a Madrid. Trabajó en un laboratorio de cosmética hasta casarse, con 24 años. Tras criar a sus tres hijos, siguió estudiando y trabajando en diversas áreas. Es muy aficionada a la literatura y escribe con asiduidad.

Mi sesenta y cinco cumpleaños: llegaba la ansiada jubilación. Era, por tanto, una fecha muy especial. Invité a los míos a un restaurante. Todo transcurrió con alegría y satisfacción. Lo de la tarta y regalos preferimos hacerlo en casa, por lo que implica de intimidad. Ver sobre la tarta sesenta y cinco velitas impresionaba, pero era un bonito detalle que daba paso a una nueva etapa en mi vida. Cuestión de acostumbrarse, pensé.

Llegó el momento de la entrega de regalos y confieso que no soy muy buena recibéndolos. Me gusta más cuando me toca entregarlos, pero hago un esfuerzo y creo que no salgo muy mal del paso. Bien, pues aquel día, entre otros regalos, me entregaron un sobre con su lacre cerrándolo, lacitos y demás ornamentos.

Tranquilamente me dispuse a abrirlo, temiéndome cualquier cosa. Lo que estaba claro es que era una sorpresa que yo no espera-

ba. Empecé a leer el contenido del folio que el sobre contenía con expectación. Al poco rato, me debió de cambiar tanto la cara que mis hijos reían sin parar:

-¡Qué cara has puesto, mamá!

Y llegó el día de hacerse efectivo el anunciado regalo. Salimos, en una bonita mañana del mes de agosto, camino de Segovia. Al llegar allí, nos encontramos con la sorpresa de tener que colaborar con los preparativos de la aventura que conllevaba el regalo, y así lo hicimos.

En un tiempo aproximado de una hora, me encontré volando plácidamente a novecientos metros de altura. Un maravilloso globo aerostático. Cuando estabas debajo su tamaño impresionaba, y yo ahora me elevaba por encima de la ciudad de Segovia, metida en un habitáculo con forma de cesto, junto

a mis hijos, que no habían querido perderse de ninguna manera mis emociones, miedos o valentías.

Y es que cuando ellos, por su cumpleaños, pedían algo un tanto raro, yo solía decirles en broma algo así como “sí, claro, y yo lo que quiero es un viaje en globo”. Nunca pensé que se les iba a ocurrir hacerme tan bonito regalo. Al llegar abajo, me encontré con un

maravilloso ramo de rosas como regalo por parte de la compañía, por ser la mujer de más edad que había subido en su globo.

Después de brindar con champan, nos dieron el correspondiente diploma acreditativo de la aventura realizada. Disfruté muchísimo. Lo recomiendo.

“A buen entendedor, pocas palabras bastan”

Este refrán, de uso muy habitual, se emplea para remarcar que una persona inteligente y despierta no necesita mayores explicaciones para comprender una insinuación y actuar en consecuencia, según el análisis del Instituto Cervantes. Su uso como expresión en castellano está documentado desde principios del siglo XIV, pues la frase, aunque con alguna variación, aparece ya citada en El libro del buen amor (1330).

“Agua pasada no mueve molino”

Talavera la Vieja

Una anécdota de Victoria Carretero Blázquez (63 años)
Centro de Mayores de Fuenlabrada



Victoria Carretero Blázquez (C. M. Fuenlabrada) nació en Talavera la Vieja (Cáceres), y como sabemos con once años su familia se trasladó a Rosalejo. Actualmente reside en Fuenlabrada.

Soy de un pueblo llamado Talavera la Vieja, provincia de Cáceres. Estaba situado por la zona de Los Ibores, junto al río Tajo. Y digo estaba, porque el pueblo ya no existe: fue inundado por el pantano de Valdecañas, en 1963.

Talavera era de origen romano: fue Ébora la Carpetana y Agustobriga. Conservaba una iglesia con ábside con un retablo romano, y también el templo de Los Mármoles, que fue trasladado a una colina para que no se inundara.

En 1959, cuando yo tenía siete años, se anunció que se iba a hacer el pantano de Valdecañas inundando Talavera, y otras tierras de pueblos cercanos. Había que marcharse. A los habitantes de Talavera nos reubicaron en cuatro pueblos: Rosalejo, Tiétar del Caudillo, Barquilla de Pinares y Santa María de las Lomas, en la Comarca del Campo Arañuelo, entre Navalmoral de la Mata y Talayuela. Nos daban tierras y casa.

Para decidir a dónde iba cada familia del pueblo, digamos que nos “sorteraron”. A mi familia, es decir a mis padres, mis abuelos, mis tres hermanos y a mí, nos enviaron a Rosalalejo, que estaba a unos 30 kilómetros de Talavera. Nos fuimos definitivamente en febrero de 1963, teniendo yo once años. Nos tocó Rosalejo a casi toda la familia, pero hubo familias que quedaron divididas, porque los enviaron a pueblos distintos.

En Rosalejo nos dieron una casa enorme, con cuatro habitaciones, una cocina enorme, corral, cuadras, granero, pajar... Y también nos dieron tierras para trabajar, una parcela. Allí se puso tabaco, algodón y maíz, y de eso vivió la familia.

Nosotros éramos una familia humilde, que había estado viviendo en una casita pequeña en Talavera. Llegar allí fue como el maná. Porque además, todo lo que producía la parcela era para nosotros. En Talavera la Vieja, en cambio, mi padre labraba tierras que no

eran tuyas, y de todo lo que sacaba tenía que dar una buena parte al dueño del terreno.

Fue un cambio que generó riqueza en mi familia. Aún así, a mis abuelos y a mis padres les dolió tener que marcharse del pueblo, pero con el tiempo el cambio les pareció bueno. Fue la oportunidad de sacar adelante a sus cuatro hijos. Nos dieron una indemnización, que sirvió a mis padres para dar una entrada para un piso en Leganés.

Recuerdo el día de la partida, en febrero de 1963. A la plaza del pueblo llegaban autobuses y furgonetas. En una metimos todo para ir a Rosalejo. Nosotros nos marchamos entonces, pero hubo gente que quiso aguantar hasta el final. Entre los dos mil habitantes del pueblo, había algunos que no estaban de acuerdo con aquello y quisieron aguantar.

Contaban de los que se quedaron hasta el último momento, apenas dos o tres matrimonios, que una noche, mientras dormían, el agua empezó a entrar en las casas. Tuvieron que salir con lo puesto y subir a lo más alto del pueblo, por la sierra, hasta que fueron

rescatados. La crecida del río, quizás -es algo que pienso yo-, se hizo a propósito para intimidar a la gente que se había quedado.

Ahora todos los años, se hace una reunión de talaverinos en una ermita cercana, el sábado de Pascua. Cuando el río baja, se pueden ver las ruinas del pueblo. Yo he ido dos veces nada más, para que lo vean mis hijos y explicarles dónde nació yo. Pero no es algo que me guste demasiado ver... y hay que tener cuidado caminando por allí, porque hay pozos y te puedes ir hacia abajo, ya que el pueblo está en alto.

Así que si voy al pueblo, voy a Rosalejo. Es el punto de encuentro de la familia, allí vamos los tíos, los primos, allí están enterrados mis abuelos... Mis raíces están allí. Con los años, Talavera la Vieja desapareció hasta "oficialmente": no existe ya en el padrón, el código oficial del pueblo desapareció. Cuando voy a votar, por ejemplo, se supone que yo he nacido en Cáceres.

Pero si me preguntan de dónde soy, yo digo que mi pueblo es Talavera la Vieja.

“Agua pasada no mueve molino”

Conocido refrán castellano, que ofrece una bella metáfora del tiempo a través de la imagen del agua del río. Una metáfora que se remonta a los orígenes de la filosofía, y que puede remitir incluso a Heráclito y su famosa máxima “nadie se baña dos veces en el mismo río”. El refrán suele emplearse como consejo, en el sentido de que no tiene sentido lamentarse de lo ya ha sucedido y no está en nuestra mano cambiar.

“Vísteme despacio, que tengo prisa”

Un poco nerviosísima

Una anécdota de María del Carmen Moreno Velasco (73 años)
Centro de Mayores de Aluche



María del Carmen Moreno (C. M. Aluche) nació en Madrid, en Vallecas. Vivió en su barrio hasta que, tras casarse, ella y su marido se mudaron a Aluche. María del Carmen empezó a trabajar con catorce años en marroquinería: confeccionaba bolsos y artículos de piel para la firma Loewe. Un tipo de trabajo artesanal con el tiempo desaparecería, hasta el punto de que años después, tras un parón laboral, “fui a pedir trabajo y en las firmas ya no sabían ni lo que era la marroquinería”. Tiene tres hijas y en la actualidad está escribiendo un libro sobre la dura experiencia de convivir y cuidar a un enfermo de Alzheimer, en este caso su marido.

Me pasa cada peripecia... soy como Jaimito. No es que sea despistada, si no que a veces voy muy acelerada, o no sé... me pongo a veces un poco nerviosísima, y me pasan cosas de lo más tonto. Tengo unas cuantas para contar:

Por ejemplo, cuando llevo a mis nietas al colegio, voy siempre con mucha prisa. Así que un día que llegábamos tarde, me puse un zapato de cada: uno marrón y uno negro, uno de tacón y el otro no. Y yo yendo hacia el colegio, al rato ya digo: “¡Uy, pero si voy coja!”. Así que me miro los pies y me veo los zapatos, uno de cada. Vaya cuadro.

En otra ocasión, hará unos diez años, fui con mi amiga Dora al centro comercial Copasa, en Aluche. En la sección de electrodomésticos, había una caja inmensa, que estaba me-

dio abierta, entre todos los artículos. Allí estábamos las dos, mirando las cosas cada una por su lado, cuando de pronto me tropecé.

Dió la casualidad de que, al caerme al suelo, la caja se me vino encima, de tal manera que quedó totalmente cerrada, conmigo dentro. Me hice daño al caer, pero es que además no podía salir de allí. Mi amiga en seguida se extrañó al no verme, y empezó a llamarme:

-¡Mari! ¡Mari!

-¡Dora!

-¿Pero dónde estás?

-Aquí, aquí... -le decía yo desde dentro de la caja. Pero claro, ella no me veía.

-Pero si estaba aquí ahora mismo...

Pasaron por lo menos cinco minutos hasta que me sacaron. Mi amiga dando vueltas por el centro comercial, con los dependientes, hasta que por fin dieron conmigo. Cuando finalmente me sacaron, los del centro comercial se partían de risa.

Más o menos por la misma época, nos dio por colarnos en el metro a Dora y a mí. Estábamos en Plaza de España, y no teníamos billete. Como no había vigilante, pues dijimos: “venga, nos colamos”. Dora pasó sin ningún problema, pero al meterme yo por debajo del tornio, se me quedó la falda enganchada. Y otra vez:

-¡Pero Mari! ¿Qué pasa?

-Ay Dora, que me he quedado aquí enganchá...

-Mari, que nos van a pescar... Como venga el vigilante, verás.

Cómo nos reímos las dos. “¡Qué vergüenza, con los años que tenemos!”, me decía ella muerta de risa. Al final tiró de mí y conseguí salir. Si es que nos pasa una detrás de otra... y como éstas podría contar miles.

“Visteme despacio, que tengo prisa”

Divertido refrán, que aconseja, cuando se tiene mucha prisa, actuar despacio. El origen de la frase ha sido atribuida a varios personajes históricos: Napoleón Bonaparte, Carlos III, Catalina la Grande, o Fernando VII, siendo la atribución a éste último la más popular, ya que Benito Pérez Galdós recogió la supuesta anécdota en uno de sus Episodios Nacionales: cuando Napoleón escapó de la isla de Elba, en febrero 1815, el rey convocó un gabinete de crisis para tratar el asunto de forma muy urgente. Debido a las prisas, el ayuda de cámara del rey, nervioso, no conseguía colocar como es debido algún elemento de la indumentaria del monarca, momento en el que Fernando VII le habría soltado la ocurrencia: “Visteme despacio, que tengo prisa”.

“Más vale pan duro que ninguno”

Un trocito de turrón

Una anécdota de Julián Sánchez Martínez (74 años)
Residencia de Mayores de Manoterás



Julián Sánchez Martínez (R. M. Manoterás) nació en Mondéjar (Guadalajara). En su juventud se dedicó a la agricultura y a la ganadería. Trabajando en el campo conoció a su mujer, nacida en Burgos, que ejercía como maestra en la finca en que vivía Julián. Después de mudarse a Madrid, Julián se empleó como conductor de autobuses urbanos, recorriendo durante muchos años las líneas 61 y 72.

Tengo muchos recuerdos de mi niñez, algunos realmente tempranos, de cuando tenía apenas dos o tres años. Sin embargo, la anécdota que voy a narrar tuvo lugar cuando yo tenía unos cinco o seis.

Ocurrió en Navidad, en Nochebuena. Era una cena que a todos en casa nos hacía muy felices, porque normalmente se asaba un corderito, o se cocinaba alguna gallina. Vivíamos entonces en una finca en Anguís, provincia de Guadalajara. La finca pertenecía a unos señores de Mondéjar, mi pueblo de nacimiento, famoso por la torre de su iglesia, el campanario más alto de toda la zona.

Mi padre era el encargado de la ganadería de la finca, y tenía que ocuparse del ganado lanar, los corderos... también teníamos muchas gallinas. Como curiosidad, recuerdo que pese a tener gallinas, casi nunca comíamos huevos: la tía Alejandra (la mujer con la

que mi padre se casó de segundas tras fallecer mi madre, teniendo yo apenas dos años) los guardaba para venderlos por docenas. El objetivo era ahorrar para poder comprarse la máquina de coser.

En casa éramos seis: mi padre, la tía Alejandra, yo y mis tres hermanos: dos chicos y una chica, esta última hermanastra, pues era hija de la tía Alejandra. A mi madre no la conocí. La tía Alejandra, que me cogió cuando yo tenía dos años y medio, al casarse de segundas con mi padre, siempre me decía lo mucho que me quería al haberme conocido tan pequeño.

Pero volviendo a aquella Nochebuena: al final de la cena, mi padre repartía, como todos los años, el turrón. Daba apenas un trocito a cada miembro de la familia, pues no había para más. Pues bien, aquel año a mi hermano Pedro, que tenía unos doce años, se le ocurrió dejar su trocito en una silla, detrás de él.

Intentaba engañar a mi padre, diciendo que a él no le habían dado su parte, y así poder tener ración doble.

No consiguió otro trocito, pero encima, cuando fue a buscar el suyo, ya no estaba: uno de los perros que rondaban por la finca se lo ha-

bía comido. Así que le sirvió de escarmiento. Nos reímos mucho en aquel momento, y mucho después, pues ha sido siempre una anécdota muy recordada en mi familia. Incluso ahora, lo recordamos y seguimos riéndonos de cómo se le quedó la cara a mi hermano.



“Más vale pan duro que ninguno”

Viejo y sencillo refrán en desuso; uno de tantos proverbios castellanos en utilizar la fórmula “más vale... que...”, cuyo significado es muy claro: es mejor conformarse con poco, por humilde que sea la posesión, que quedarse sin nada, incidiendo así en una idea claramente conformista, que sugiere además un contexto de escasez. Aparece citado, por ejemplo, en la novela picaresca Guzmán de Alfarache (1599) de Mateo Alemán.

“Hablando se entiende la gente”

Unos porros, por favor

Una anécdota de Daniele Laboudigue (71)
Centro de Mayores Los Cármenes



Daniele Laboudigue (C. M. Sagasta) nació en Toulouse, “donde está la mejor gente y el mejor clima de Francia”. Después de casarse, su marido y ella montaron una carnicería francesa en El Arenal, Ávila. Daniele tiene dos hijos.

Yo he nacido en Toulouse, Francia. Viví en mi país hasta conocer a mi marido. Nos conocimos en un pueblecito de la costa, a unos 100 kilómetros de Biarritz. Los dos estábamos trabajando en un hotel. Él era español, pero llevaba tanto tiempo viviendo en Francia y hablaba tan bien el idioma, que ni los compañeros de trabajo sabían que no era francés.

Nos casamos, y decidimos venirnos a vivir a España. El sueño de mi marido era montar un negocio: una carnicería. En Francia no podía ponerlo a su nombre, así que decidimos poner el negocio en España. En El Arenal, provincia de Ávila: el pueblo natal de mi marido (y por cierto, también del famoso Julián Muñoz).

Abrimos el negocio hacia el año 1976, y fue un gran éxito: hicimos oro. El Arenal es un pueblo muy pequeño, en la sierra. Y aunque la carne de Ávila es muy buena, nosotros traíamos los productos de Francia: las especias, el paté lo fabricábamos... En aquel

pueblo había muchísimos emigrantes, gente que había estado viviendo en Francia y había regresado.

Yo nunca había estado en España antes, pero el pueblo, y nuestro negocio, me encantaba. No sé si sería porque entraba mucho dinero... Me levantaba a las cinco de la mañana, y trabajaba hasta las once de la noche, de lunes a domingo, pero no me importaba nada. El trabajo me encantaba, no sé por qué, lo disfrutaba muchísimo. Lo malo es que no aprendía nada de castellano: todo el mundo hablaba francés.

Así estuvimos veinticinco años. Crié allí a mis hijos, que cuando llegamos a España tenían seis y cuatro años. Afortunadamente, tuvimos durante quince años la ayuda de una persona maravillosa que nos ayudaba con los niños y con la casa.

Al poco de llegar a El Arenal y montar la carnicería, me pasó esta anécdota: fui a la frutería a hacer unas compras para preparar

un plato francés, una vichyssoise. Necesitaba comprar, entre otras cosas, puerros. Y claro, con mi poco dominio de la lengua, se produjo una confusión divertida. Porque hay que decir que cuando yo llegué a España, no sabía ni decir “buenos días”.

Le pedí al frutero los puerros, pero lo pronuncié mal, claro. Vi que el vendedor y los clientes se empezaban a reír a carcajadas, y yo no entendía por qué. Me dijo algo así como que la frutería no era el lugar adecuado para comprar ese producto. Yo no entendía nada, estaba viendo los puerros delante de mí, ¿cómo era posible que no quisiera vendérmelos?

Viendo mi cara de sorpresa, finalmente me explico que él vendía “puerros” y no “porros”, que era lo que yo le había pedido, pensando que se decía así. Es una de tantas confusiones habituales cuando uno aprende un idioma que no es el suyo.

El caso es que ahora, cuando voy al mercado, prefiero señalar las cosas y decir “dame eso”. Me entienden siempre perfectamente.

“Hablando se entiende la gente”

Sencillo refrán que destaca el poder de la palabra y la recomendación de establecer una relación cordial, con cierta confianza, para poder tratar con otra persona los pormenores de cualquier asunto sin entrar en conflicto. Este refrán sirvió de título a un popular programa de televisión a principios de los años 90.

“¡Tierra, trágame!”

Whiskey con soda

Una anécdota de Agustín Matías Martín
Centro de Mayores Sagasta



Agustín Matías Martín (C. M. Sagasta) nació en Mancera de Arriba, provincia de Ávila. En los inicios de su carrera en hostelería, trabajó como botones en el cabaret Moroco y en el Tribunal Supremo, así como de camarero en La Riviera, como sabemos, para después pasar temporadas trabajando en Londres o en Ibiza. En la actualidad está escribiendo sus memorias “para mis nietos”, según explica.

El Moroco era el mejor cabaret de Madrid.

Estaba en la calle Marqués de Leganés, y lo montaron los dueños de la cafetería Quinta Avenida. Allí entraba la gente que tenía dinero. Como don Alfonso de Borbón, por ejemplo. Se decía que la madre le dejaba 25.000 pesetas todas las mañanas en la mesilla. Don Alfonso se iba al club de tenis de la Casa de Campo, se tomaba su aperitivo en el Quinta Avenida, se echaba una siesta, y a las siete de la tarde, venían al cabaret.

En el Moroco empecé yo de botones, con quince años. Era un negocio de invierno, porque entonces no había aires acondicionados. En verano se cerraban los cabarets y las salas de fiestas, y se abrían, entre otras, La Riviera, que era una sala de fiestas descubierta. La anécdota que quiero contar, sucedió cuando trabajaba en La Riviera.

Entré a trabajar por la recomendación de Tomás, mi jefe en el Moroco. Porque allí no

entrabas a trabajar sin recomendación: había cinco *mâitres* que eran de los mejores de Madrid: del Palace, del Hilton, del Wellington... y los jefes de rango, los camareros, etc., todos, tenían que ir recomendados.

Trabajábamos como bestias: entrábamos a las dos de la tarde, y salíamos a las siete de la mañana, y sin librar. Pero claro, cada diez días el *mâitre* te daba un sobre, y lo mismo había tres mil quinientas pesetas, que no ganaban mis cuatro hermanos juntos al mes. Yo le daba el sobre a mi madre y ella me hacía luego unos bocatas de filete empanado con pimiento frito...

El primer año entré de aprendiz, y el segundo subí a barra. Yo ya sabía preparar cocteles: *manhattans, old fashioned, bloody marys*... Aquel verano en que yo estaba en barra, nos enviaron a dar un convite a Prado del Rey, donde el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, iba a acudir para algún tipo de inauguración. No recuerdo exactamente

el motivo del evento, que estaba relacionado con la Televisión Española.

Montamos la barra en una hora, pero resultó que los invitados se adelantaron. Estábamos todavía montando y colocando cosas, cuando de pronto me veo delante al señor ministro, con otros cuatro o cinco. Llevábamos una chaquetilla francesa, corta, como la de los toreros, y yo no había tenido tiempo de ponerla: estaba en mangas de camisa. Así que me puse nerviosísimo.

-Whiskey con soda –me dijo. O eso entendí, porque a Fraga, la verdad es que no se le entendía nada.

Soda en botella no teníamos. Me puse a buscar rápidamente por todas partes, y había todo tipo de refrescos, pero soda no encontré. Pero sí teníamos sifón.

-Señor ministro, no le importa que le ponga...

-Me hizo un gesto que no entendí y siguió hablando con las personas con las que iba.

Así que cogí el sifón. Los sifones hay que caparlos: un sifón puede ser una bomba, por eso solían ir recubiertos de acero. Caparlos significa sacarle la presión por abajo, pues llevan un anhídrido carbónico muy fuerte, con muchísima presión. Aquel día yo, con lo nervioso que estaba, ni me acordé de que lo tenía que capar antes de abrirlo.

Abrí un poquito el sifón, y aquello salió disparado: ¡madre mía! Le manché la chaqueta y el traje al ministro. “Tierra, trágame”, pensé. Porque además en aquella época Fraga, al que hoy día yo considero de los políticos más honrados que ha habido, tenía muy mala fama: ya había sido ministro de Gobernación, y ya había dicho aquello de “la calle es mía”.

Pero no pasó nada. Me dijo algo parecido a “no te preocupes, muchacho”, y no quiso ni que se lo limpiáramos. *El maître* me mandó rápidamente para el otro lado de la mesa, al verme allí tan nervioso, y el incidente quedó en nada. Afortunadamente, la soda no deja mancha.

“¡Tierra, trágame!”

Esta popular locución se utiliza, como es sabido, cuando alguien se encuentra en una situación muy embarazosa, de la que desearía desaparecer automáticamente sin dejar rastro, engullido por la tierra que pisa. Se utiliza en España y en América, existiendo incluso, en algunos países latinoamericanos y siempre en lenguaje informal, el sustantivo trágametierra para denominar una situación de este tipo.



“Hablando se entiende la gente”
Unos porros, por favor



“¡Tierra, trágame!”
Whiskey con soda

“Los niños ni callan verdades, ni ocultan mentiras”

Una tarta muy grande

Una anécdota de María Teresa Sardina Otero (85 años)
Residencia de Mayores Doctor González Bueno



María Teresa Sardina Otero (R. M. Doctor González Bueno) nació en la calle Toledo, en el barrio de La Latina. Una de las grandes pasiones de su vida ha sido el teatro, al que se ha dedicado profesionalmente, “aunque muy poco tiempo”. Sin embargo, como su marido era regidor de escena, María viajaba con él por toda España acompañando a compañías teatrales.

S El pasado 29 de agosto cumplí ochenta y cinco. Me llamaron muchos amigos, y toda la familia. Entre ellos, mis cuatro nietos, que ya son mayores y están todos ya casados. Tengo ya tres biznietos: uno de siete años, otro de cinco, y la pequeñita, que tiene dos.

Uno de mis nietos vive en Granada, y también me llamó por teléfono por el cumpleaños. Estuve un rato hablando con la familia, hasta que se puso al teléfono mi biznieto, el de siete años, que es un niño muy tierno y muy inteligente.

Después de felicitar me, me preguntó cuántos años cumplía. “Ochenta y cinco”, le contesté. Se quedó un poco sorprendido, pero al momento me soltó esta respuesta: “¡Abuela, vas a necesitar una tarta muy grande para poder poner todas las velas!”.

Su ocurrencia me hizo ver lo mayor que soy, pero a la vez me sentí feliz por haber llegado a esta edad y todavía poder manejar me bien.

“Los niños ni callan verdades, ni ocultan mentiras”.

Uno de los muchos refranes que hay en castellano sobre niños. Éste subraya que los más pequeños no siguen las reglas de los adultos sobre lo “políticamente correcto”. Muy similar es “los niños y los borrachos siempre dicen la verdad”.

Agradecimientos

Agradecemos la ayuda por parte de los trabajadores de Residencias y Centros de Mayores gestionados por el Servicio Regional de Bienestar Social, que han hecho posible la recopilación de estas anécdotas vitales de nuestros mayores.

